

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — Tomo XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 506.

SUMARIO.

Garibaldi derrotado y hecho prisionero en Aspromonte; grabado. — Revista española. — Grandes carreras militares en el campo de Chalons; grabado. — Guerra de

América; grabados. — Revista de Paris. — Los porteros parisienses. — Regatas de Pont-de-l'Arche; grabado. — La Natividad de la Virgen; grabado. — Cuentos de Carlos Dickens. — El contra-almirante La Guerre; gra-

bado. — Un nuevo cometa; grabados. — España en Londres. — Las vacaciones; grabado. — Revista de la moda. — Gitanos polacos de los Carpacios; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



El general Garibaldi en Aspromonte.

Garibaldi derrotado y hecho prisionero

EN ASPROMONTE.

Se ha terminado el incidente que desde hace un mes tenia en suspenso a la Europa. Garibaldi al desembarcar en Melito quiso pasar a Reggio, donde habia establecido su base de operaciones, pero esta ciudad estaba defendida por la division Brignone mandada por Cialdini, y Garibaldi tuvo que refugiarse en Aspromonte, posicion formidable en la cima de un monte escarpado, como lo indica su nombre. El coronel Palavicino, que debia dirigirse a Sicilia, habia recibido del general Lamarmora la orden de perseguir y atacar al jefe de los voluntarios. El coronel reunió en seguida las fuerzas de que pudo disponer, esto es, un regimiento de bersaglieri y dos batallones de linea, y marchó directamente sobre Aspromonte.

Garibaldi estaba allí con todos los suyos. No se sabe aun si los voluntarios atacaron a las tropas o si estas tomaron la iniciativa del combate, pero la lucha fué larga y encarnizada, y los voluntarios opusieron una resistencia digna de mejor causa y cual no debia esperarse de jóvenes alistados hacia un mes. Garibaldi fué herido en el pié y en el muslo durante la pelea, y se dice que su hijo Menotti fué herido tambien y que el coronel Palavicino recibió una bala muerta en un hombro. Se dice que las pérdidas por una y otra parte ascienden a trescientos hombres fuera de combate, y añaden que decidió la victoria una carga a la bayoneta dada por los bersaglieri en la cual fué herido Garibaldi. Conociendo este entonces que era inútil la resistencia, entregó la espada, dando a todos sus voluntarios la orden de rendirse.

El coronel Palavicino guardó con el vencido toda clase de consideraciones. Garibaldi suplicó que se le permitiese embarcarse en un buque inglés, prometiendo bajo su palabra de honor que iria a vivir tranquilamente a Londres, é inmediatamente se pidieron instrucciones al ministerio, el cual mandó que se embarcase a Garibaldi en un buque del Estado y se le condujese a Spezia.

Se han tomado disposiciones en Turin para que sea tratado como prisionero excepcional, y se han concentrado además allí algunos batallones para impedir algun golpe de mano del partido de accion.

No se sabe aun si se formará causa ni qué jurisdiccion entenderá de ella. Algunos ministros quisieran convocar al Senado, que se constituiria en tribunal supremo de justicia para juzgar a Garibaldi y a sus cómplices; otros individuos del gabinete se inclinan hacia la clemencia, y proponen que se envíe a Garibaldi a América, despues de obtener su palabra de honor de que no tratara de turbar la tranquilidad de su patria.

Se cree que el estado de sitio continuará en las provincias napolitanas, y que no cesará hasta la época del casamiento de la princesa Pia y del viaje que el rey se propone hacer a las provincias napolitanas, esto es, dentro de un mes.

El coronel Palavicino ha sido promovido al grado de general. Este ascenso es justo si se considera la intrepidez que ha desplegado en esta deplorable jornada, y las medidas hábiles que habia tomado para apoderarse de una vez de toda la columna garibaldina.

Revista española.

La Granja y la corte. — Un aguacero. — Travesuras del mes de agosto. — Preparativos de fiestas en las provincias que deben visitar los reyes. — Uno que cree en los duendes. — Un traginero y el diablo. — Dos rasgos de honradez. — Una curiosidad histórica. — Teatros. — Receta para curar los celos. — El Paraiso... moderno. — Libros nuevos. — Un gran descubrimiento. — Una estatua. — Un nuevo poeta. — El Mar. — Una mujer... intransitable.

La corte ha pasado el mes de agosto en la Granja, y como es natural, la animacion ha seguido a la corte.

Varios dias he vivido entregado a las dulzuras de la vida campestre, visitando los amenos y pintorescos alrededores de San Ildefonso, recorriendo sus encantadoras florestas que parecen querer copiar los jardines de Armida, pero sin Armida; y a pesar de buscar con ojo escudriñador episodios novelescos que referiros del real Sitio, nada, nada he encontrado.

La reina rodeada de algunos de sus ministros y de sus cortesanos, pasea a pié por los jardines, detiene a los campesinos y les dirige preguntas a las que los pobres apenas aciertan a responder, y los demas habitantes de la Granja imitan a su soberana.

Como se ve, si no fuera por las giras de campo, por las cacerias y otras diversiones, la animacion no seria animacion en la actual residencia de los reyes.

Pero durante mi estancia en ella asisti a un almuerzo que en las amenas y frondosas orillas del Balsain dió una señora millonaria a sus amigos.

Lo pintoresco del frondoso valle y la inesperada circunstancia de empezar a llover con alguna fuerza a la hora precisa del banquete, contribuyeron no solo a dar mayor animacion a la concurrencia, sino tambien a que se representase una de esas escenas que tan al vivo tenían lugar hace algunos años en las entrañas de Sierra Morena y otras enrocadas y ásperas montañas.

Figúrense mis lectores un bosque espeso formado de

gigantes pinos, situado en la ladera del camino real pero muy en bajo, y cuya entrada la forman varias y tortuosas sendas cubiertas de ramaje y maleza, pues en el fondo de este valle se veian colocados dos carruajes con los caballos desenganchados y atados a los arboles; a un lado varios cajones desclavados y una caja abierta que contenia cubiertos de plata y otros objetos para la mesa; mas allá botellas de distintos vinos, servilletas, platos y copas esparcidas en la yerba, y en torno de todo esto un grupo de mas de catorce hombres, que para evitar un tanto la fuerza del agua se habian abrigado, a falta de otra cosa, con las mantas encarnadas de los caballos y otras blancas que para servir de asiento habianse llevado a prevencion. La diversidad de trajes de este grupo contrastaba notablemente con los de dos señoras elegantemente vestidas, que por temor de la tormenta habian permanecido en uno de los carruajes, que parecian ser las víctimas de un golpe de mano cometido por aquellos hombres de tan raro porte.

Sin duda que si alguno de nuestros hábiles dibujantes ó pintores hubiera contemplado aquella animada escena, habria podido reproducir en el lienzo uno de los muchos pasajes que tan perfectamente nos describe el autor del famoso *Gil Blas de Santillana*.

Y ya que hablo de lluvia, os diré que el mes de agosto ha sido el mes de las tormentas. Desde Madrid hemos presenciado tres ó cuatro magnificas, todas dignas de un cuarto acto de melodrama.

Una de ellas ha producido una verdadera tragedia. La lluvia, la piedra, las exhalaciones levantaron una porcion de metros de los *railts* del ferro-carril del Mediterráneo. El guarda del camino no hizo señal alguna; llegó un tren y desencarriló produciendo innumerables contusiones y heridas a los viajeros.

No se han limitado a esto solo las diabluras del mes de agosto, que ha sido el mas travieso de todo el año. En la Coronada Villa han vivido las gentes con la mayor zozobra, con la mas penosa ansiedad.

No sé si revolucionarios de verdad ó bromistas dignos de ser azotados como en los tiempos de la Inquisicion, pero en fin, lo cierto es que unos graciosos de mal género se han divertido en arrojar petardos de grueso calibre. Estos petardos causan un estrépito parecido al que produce un cañonazo. Mis lectores comprenderán los sustos que se han llevado los habitantes de Madrid. El último petardo lanzado en medio de una multitud de personas que se retiraban de los paseos, dió lugar a corridas que ocasionaron desgracias lamentables.

Francamente, el mes de agosto nos ha dejado un recuerdo bien triste. Ha querido elevarse a la categoria de su hermano mayor el *revoltoso* julio, y sin hacer nada bueno ha causado muchos males. Hasta ha influido en los gatos, excitando sus dañinos instintos, y si no véase lo que ha pasado con uno de estos animalitos:

En casa de un concejal de esta corte habia una gata, a la que una de las sirvientas hacia extraordinarios halagos. Uno de estos dias, la indicada sirvienta estaba vistiendo a una niña hija del concejal, y como la prodigara algunas caricias, vió que la gata se lanzó rapidamente sobre la niña, a la que tuvo prontamente que cubrir con el delantal y con sus propios brazos, en los que enfurecido el animal se cebó grandemente. Y cuenta que a lo que parece, su intencion no era herir a la sirvienta, sino a la niña; y si atacó a aquella, fué porque no pudo verificarlo con la otra, ó porque equivocadamente debió suponer en su saña que aquellos brazos pertenecian al objeto de sus iras. A los desaforados gritos de la criada se puso en movimiento toda la casa. Una compañera suya que acudió la primera trató instintivamente de apoderarse de la niña para salvarla; mas júzguese cual seria su sorpresa y su extrañeza a la vez, al verse acometida por la gata, que abandonó entonces a la otra. Excusado es describir la situacion angustiosa en que se encontraban los padres de la criatura, hasta que pudieron verla libre de aquel irritado animal. Durante toda la escena se hallaba este con los ojos desencajados, la cola y la piel erizadas y bufando de cólera.

¡Ah! ¡picaro agosto... picaro agosto! Pero hoy baja a la fosa, agoniza en estos momentos, y todo lo mas que podemos desearle es que la tierra... le sea pesada.

Siguiendo la costumbre inaugurada hace tres ó cuatro años, los reyes se proponen en el presente visitar las provincias de Andalucía y de Murcia.

Esta noticia ha sido en las provincias privilegiadas una chispa eléctrica. Los municipios, los cabildos, todas las corporaciones, los habitantes en particular se han dedicado a imaginar los medios de festejar a sus monarcas, y toda la atencion se fija en los preparativos de las próximas fiestas que serán magnificas.

En Sevilla se piensa entre otras cosas ofrecer a la reina una preciosa carretela que se construirá con todo lujo en aquella ciudad, tirada por siete magnificos caballos de un mismo pelo, de pura raza española y ricamente enjaezados a la andaluza.

Tambien se presentarán al principe de Asturias é infanta Doña Isabel dos vestidos completos andaluces, con los cuales harán su entrada en Sevilla.

Se habla de un paseo nocturno por el Guadalquivir, como obsequio a S. M. Al efecto se iluminará el puente y las márgenes del río con faroles de color. Varias lanchas lujosamente decoradas, con carrozas a la veneciana y con faroles transparentes de color servirán para conducir a S. M. la reina, a la real familia, a las autodades y acompañamiento. Otras lanchas en igual forma dispuestas, se destinarán para un numeroso coro de ambos sexos que durante el paseo cantará una barcarola, compuesta expresamente para este acto. Esta barcarola debe ser acompañada de flautas, oboés, clarinetes y fa-

gots. Este pensamiento debe producir un efecto mágico é ideal, reuniendo al mismo tiempo la cualidad de ser completamente nuevo y original.

Las principales cofradias y especialmente aquellas de que es hermana mayor la reina, piensan colocar sus pasos tal cual salen en la semana santa, en las dos parroquias mas espaciosas, que son San Pablo y el Salvador, para que S. M. pueda examinarlos y apreciar la ostentacion y riqueza con que Sevilla atiende al culto religioso.

Además se va a figurar la entrada de San Fernando en Sevilla, desplegando para realizar esta idea mucho lujo asi en los trajes como en las cabalgaduras, procurando que se haga todo con propiedad é imitar estrictamente lo que pasó en aquella época memorable.

En Córdoba se establecerán dos fuentes que por espacio de algunas horas arrojarán vino, que podrán beber gratuitamente las personas que quieran.

Entre los festejos que se preparan en Granada para obsequiar a SS. MM. durante su permanencia en aquella capital, serán notables: el baile que el cuerpo de caballeros maestrantes dispone en el salon de embajadores del alcázar real, que a juzgar por los preparativos que se hacen para adornarlo, presentará un aspecto magnifico, recordando las poéticas leyendas árabes que hasta hoy solo hemos visto en toda su esplendidez en la fecunda imaginacion del inmortal Zorrilla; las calles de álamos que conducen al palacio, el de Carlos V y demás avenidas del alcázar, desde la puerta de Lachar, se hallarán profusamente iluminadas con luces de Bengala. Los alcaides de la Alhambra parece que harán la guardia de honor a SS. MM. Tambien dispone la real maestranza una corrida de toros a la que asistirán las reales personas, para lo cual se piensa reparar la plaza y construir un elegante palco para SS. MM. Hablase tambien de un simulacro figurando la toma de la ciudad, en el que para mayor efecto se presentará un cuerpo de caballeros vestidos a la morisca, imitando exactamente los hechos principales del triunfo obtenido por las huestes de Doña Isabel I de Castilla sobre los ejércitos agarenos.

Además, la plaza de Bib-Rambla será adornada como los moros tenían costumbre de hacerlo para la celebracion de sus justas y torneos.

Por último, en Jaen se ha nombrado una comision con el encargo de invitar a los poetas de la capital y de la provincia, para que recogiendo en forma de Romancero los hechos mas gloriosos pertenecientes a la historia de la provincia, puedan ser ofrecidos a S. M. la reina, en un album lujosamente encuadernado.

Estos son los preparativos: a su tiempo describiré las fiestas a mis apreciables lectores.

Ya que recorremos las provincias, citemos algunos sucesos acaecidos en Pamplona, en Montblanch y en Bilbao, y en algunos otros puntos.

Un acomodado labrador de Navarra, dueño de un pequeño rebaño de ovejas, halló una mañana que el ganado habia huído dejándose las pieles. Como es consiguiente, al acudir a sus vecinos contándole lo que le sucedia, todos se hicieron cruces trasmitiéndose la admiracion de unos en otros. Que se hubiese escapado el ganado hasta la última oveja, lo comprendian; pero no dejándose las zaleas. La explicacion del enigma vino al fin sin tardar mucho, porque los habitantes de otros pueblos y caserios cercanos habian comprado carne barata a unos pastores supuestos, que no eran otros que los que mataron el ganado en cuestion dentro del mismo corral.

Pero para que se vea lo que es la ignorancia en algunas comarcas de España, el amo de las ovejas no ha creido en el robo, y cuando le preguntan si está ó no convencido de que el milagro no fué milagro sino hurto, exclama:

— No, señor, es que los duendes me quieren mal, y han tratado de meterse en la piel de mis ovejas para mortificarme sin ser vistos, pero mi llegada los ahuyentó y no pudieron realizar por completo su plan.

Como se ve, no falta aun en pleno siglo XIX quien crea en duendes y brujas.

El suceso de Montblanch no es menos chistoso. Estando próxima la fiesta mayor, cierto sugeto del mencionado lugar fué a Reus con el fin de procurarse algunos trajes para el *ball dels diablons*. Al regresar con ellos oyó junto al camino gritos acompañados de palabras *non sanctas*; y al enterarse del motivo vió que los daba un traginero de su pueblo contra un mulo cargado de pescado, que por efecto del mal camino habia dado con su cuerpo en tierra. El furor del traginero iba en aumento, y al compas de las maldiciones zurraba a la acémila de lo lindo, llamando en su auxilio a todos los demonios. El recién llegado, que es hombre de muy buen humor, soltó la manta, púsose un traje de diablo en un abrir y cerrar de ojos, y al volver el traginero a invocar a los infernos para que le sacaran del apuro, se plantó de un salto ante el blasfemo, preguntándole con bronca voz qué era lo que se le ofrecia. El traginero echó entonces a correr dejando el mulo en poder del *diablo*, quien hubo de cuidar de conducirlo a su destino.

Hace pocos dias salian de Bilbao dos aldeanas, madre é hija, que habian ido a visitar a una familia donde la muchacha habia estado sirviendo. En el camino se encontraron un bolsillo con varias monedas de oro, que en su extrema pobreza hubieran casi bastado para hacerlas *ricas*, y volvieron inmediatamente a entregar el bolsillo tal como le habian encontrado, a los señores de cuya casa salian, para que estos procurasen averiguar su dueño y devolvérselo, como asi lo han hecho. A un bañista de Cóstona hace pocos dias se le perdió el bolsi-

llo con veinte y tantas onzas de oro, y al ir á dar parte al alcalde, fué sorprendido por hallarse en poder de dicho señor, pues un labrador se le había llevado para que le entregara á su dueño.

En la jurisdicción de Marron, en las montañas de Santander, hay un santuario muy célebre en toda la costa cantábrica, conocido por la Virgen de la Aparecida, cuya fiesta se celebra del 14 al 16 de setiembre. Don Felipe de Urquijo ha dirigido al *Escalduna* una curiosa comunicación refiriendo la historia de aquel magnífico templo. En agosto de 1605 unos niños que jugaban en el monte de Marron, cerca de una ermita consagrada á San Marcos, vieron descender del cielo á una ventana de la ermita vivísimos resplandores. Sabedores el parroco y el vecindario de Marron de este suceso, se dirigieron al monte, y en la ventana de la ermita encontraron la preciosa imagen, para cuyo culto se erigió el hermoso templo que hoy existe. Hé aquí cómo describe el señor Urquijo la imagen *Aparecida*, que apenas tiene medio palmo de elevación:

« Nadie ha podido averiguar hasta ahora la materia de que se compone: es olorosa, maciza é incorruptible; el rostro, en la proporción que corresponde á tan pequeño bulto, es majestuoso y grave, al propio tiempo que apacible y afable; tiene las mejillas encarnadas, los ojos hermosos y alegres, los labios de color de púrpura y toda su cara parece que despiden unos apacibles resplandores, que han sido la causa de que muchos crean muda con frecuencia de color. La trenza del cabello corre por la circunferencia de su cabeza, y sobre ella descansa una corona de oro: el cuello erguido y lleno, y sus manos torneadas, y en todo proporcionadas á su hermosura. Tiene en la derecha un agraciado niño, cuya belleza admira y suspende, y está inclinado al rostro de la madre. Son ambos de una misma pieza, y solo la escultura los distingue, sin alcanzar el arte á separarlos. »

Antes de pasar á los teatros, regalaré á mis lectoras una receta para curar de celos á sus maridos. Es un regalo que me ha hecho una amiga mía que lo entiende.

Dice así:

¿Pecas, lector, de celoso?
Pues ruega á tu prenda amante
Que te propine constante
Este ríncipe famoso,
Y... sanarás al instante.
Que te sirva alborozada
La que es causa de tus celos
Suspiros en... ensalada
Y caricias con... buñuelos:
Corazon para comer,
Corazon para almorzar,
Ayes al anochecer,
Halagos para cenar;
Tierno amor en el cocido,
Tierno amor en el guisado,
En estofado un Cupido
Y otro Cupido trufado.
Un relleno con... ¡me engañas!
Con ¡cielos! sopita en vino,
¡Tuya ó muerta!... con castañas,
Y el té con... ¡eres... mi... sino!
¡Te adoro!... en el chocolate,
¡Te quiero!... al vaciar la olla,
¡Te idolatro!... con tomate
Y ¡me gustas!... con cebolla.
En el arroz... ¡Mi embeleso!
En los garbanzos... ¡Mi bien!
En la salsa... ¡Dame un beso!
En el pescado... ¡Mi eden!
Ruegos, lágrimas, protestas,
Muchos amantes reproches,
Muchas fiestas... muchas fiestas,
Mañanas, tardes y noches.
Y al atracarte de amor,
Desventurado mortal
Que sufrías con dolor
Celotipia tan brutal,
Abandonarás contento
Esa locura estrambótica,
Para... morir al momento
De una indigestión erótica.

Los teatros comienzan la temporada cómica de una manera que promete mucho.

Mañana por la noche abrirán sus puertas el Circo y Jovellanos, dos compañías de zarzuela que cuentan con muchas obras originales.

En el Príncipe hay una excelente compañía, y no son tampoco malas las que trabajarán en Variedades, Lope de Vega y Novedades.

Todos los teatros de Madrid estarán pues abiertos, y entre las obras nuevas se anuncian las siguientes: *Yo*, comedia en tres actos del señor Ayala; *el Gran duque de Alba*, drama del señor Tamayo; *el Alma á la espalda*, del señor Ramirez; y *los Despreocupados*, del señor Rivera.

Anoche se decía en todos los cafés:

— ¿Va Vd. mañana al teatro de la Zarzuela?

— Pues no he de ir: mañana veremos á Salas en las *Astas del toro*.

Este es el título de la zarzuela con que va á inaugu-

rarse la temporada. Quiera Dios que el afortunado no concluya como empieza... ó peor.

El *Paraiso*, jardín que se parece al de Mabilly y Chateau d'eau de Paris, esta muy concurrido. Unos gimnastas han ejecutado los *juegos diabólicos*, ejercicios difíciles que fueron desempeñados con prodigiosa habilidad, terminando esta su primera salida con el arriesgadísimo ejercicio del *equilibrio del puñal*, juego que consistió en colocar una mesa sobre otra, y sobre la última dos sillas, en la cual se colocó un puñal (que fué antes inspeccionado por el público que quiso), y en la punta de aquel un duro, sobre el que apoyó la cabeza el mayor de los hermanos, no en la primera ni en la segunda intenciona, en las que perdió el equilibrio, causando no poco sobresalto en los espectadores; pero á la tercera, si bien por escasos momentos, consiguió el objeto, siendo aplaudido unánimemente.

Después de este ejercicio y de la sinfonia *la Proba d'una opera seria*, se presentaron dos aficionados á la gimnasia á ejecutar *el doble trapecio*, y consiguieron algunos aplausos. En la segunda parte los *Rizarelli* volvieron á aparecer en el circo improvisado para ejecutar los *cambios aéreos*, invención suya altamente peligrosa, que consiste en arrojar de un trapecio fijo á otro que se halla fijo también, pero á considerable distancia, lanzándose al aire sin ayuda ni sosten alguno hasta llegar al otro, y en cuyo ejercicio cayó al suelo uno de ellos, sin que afortunadamente se hiciese otro daño que una ligera contusión en un pié. El público aplaudió fuertemente este ejercicio.

Hé aquí ahora los libros nuevos del mes de agosto:

— *La Teoría de la contribución*, obra escrita en francés por el célebre Proudhon, y traducida al castellano por el señor don Roberto Robert, redactor de *la Discusión*.

La Teoría del impuesto fué escrita con motivo del certamen abierto por el consejo de Estado de Vaud (Suiza), y alcanzó el premio.

La contribución, estudiada en todos sus aspectos, antes del derecho moderno y después de la revolución; lo que representa, lo que debe ser y su repartimiento; la naturaleza del Estado, la de la libertad, el examen de todos los impuestos y sus reformas posibles hoy, son puntos que el escritor francés somete á la crítica y resuelve con la potencia dialéctica que universalmente se le reconoce.

— *Cartas crítico-poéticas*, obra en la que don Miguel Sanchez Plazuelos formula con oportunidad y gracejo una nueva arte poética.

— *Leyendas cordobesas*, por varios escritores cordobeses, colección de las más raras tradiciones de aquella capital, escritas en verso.

— *La Verdad del progreso*, por don Severo Catalina.

— *Polémicas*, por don Ramon de Campoamor.

— *Lecciones sobre un proyecto de lengua universal*, que ha explicado en el Ateneo don Pedro Mata.

— *Nociones del arte militar*, por el capitán Villamartin. La obra constará de unas cuarenta entregas, á las que acompañarán doce mapas y planos de batallas.

— *Jurisprudencia práctica ó fórmulas contractuales*, comentadas según las leyes comunes y según la ley hipotecaria que publica en Barcelona el escritor don Pablo Cardellach, notario de la villa de Tarrasa.

— *Cuentos populares de Trueba*, último tomo de la colección de las obras de este escritor, cuya publicación costea la reina.

Se ha hecho en Madrid uno de esos descubrimientos que forman época entre los sabios de Europa. Se ignora á qué casualidad es debido; pero es lo cierto, que varios trabajadores fueron enviados por el ayuntamiento con objeto de que las excavaciones se verificaran en grande escala. No sé el resultado de ellas; pero si que antes de dar el aviso de haberse hundido el piso objeto hoy de la pública atención, se habían encontrado dos libros coftos escritos en los tres dialectos en que se escribían en tiempo de los antiguos Faraones, ó sean el *saide*, *menfítico* y *basmurio*, este del bajo Egipto; un rollo de papiro con un geroglífico *lexeoschemos* y dos escrituras, una *demótica* y otra *hierática*: un pedazo de obelisco con esta inscripción: *Nosotros sacerdotes de Isis, adorada en Labathon y en Philé, grandísima diosa*; un aerolito, que según personas entendidas, pertenece á la clase de los que llaman los chinos *sin yun tching chii*, ó sea estrellas caídas y transformadas en piedras; un pedazo de casco de *Chalcos* sin haberle ni visera, por el estilo del que se ve en los dioses de Homero; y por último, un basamento de construcción pelasgica, que se cree pertenecía á algún remotísimo hipogeo. En todo el día de ayer fué inmensa la muchedumbre que acudió á ver el resultado de las excavaciones.

El señor don Antonio Cosgeya, vecino de Torrelavega, ha inventado un aparato que llama *Pronosticador*, el cual indica perfectamente, según dice un periódico de Santander, los cambios atmosféricos. Este aparato se reduce á un pomo de cristal, capaz de ocho onzas de agua, cuando menos, en el que se echa la composición, que cristaliza en hojitas blancas parecidas á las del hellecho. Sobre el líquido se forma una delgada congelación, y de ella pende también un haz de hojuelas. Tanto las de abajo como las de arriba crecen en proporción al temporal que se anuncia. De las circunstancias de temperatura, altura barométrica y curvas de los cristales se infiere con mucha seguridad la parte de donde soplarán los vientos, marcándose de un modo casi infalible y con mucha anticipación el Sur, porque antes de moverse el barómetro se marchitan las cristalizaciones, deshaciéndose por completo luego que empieza aquel; al contrario de cuando se aproximan los vientos al

Norte, en cuyo caso se aumentan considerablemente.

Ya se ha recibido en el Congreso la estatua de Isabel la Católica, que con la del rey Fernando deben ocupar los dos nichos al lado del trono. Es obra del español Panucci, que la ha terminado en Roma y parece ser de gran mérito. Al abrirse la próxima legislatura estarán probablemente colocadas en sus sitios las dos estatuas y los dos grandes cuadros, que como es sabido, representan las Cortes de Cadiz, y la presentación de Fernando VI por Doña Maria de Molina á las Cortes de Castilla.

Se ha presentado en la arena literaria un nuevo y verdadero poeta, Cecilio Navarro. La siguiente composición al *Mar*, le ha valido los aplausos de la prensa y de los amantes de la buena poesía. Por eso la reproduzco:

¡Fiat! dijo el Señor. Y al punto mismo

Todo se hizo de nada;

Cielo, tierra, luz, aguas, ese abismo

En que otro cielo nada:

El mar, líquido espejo, do se mira

De Dios la faz augusta;

Lira de tempestades, ruda lira

Que nombra á Dios y asusta.

Todo estaba en el génesis, sumiso

Bajo las manos santas:

El hombre y la mujer del Paraiso,

Fieras, aves y plantas.

Y el mar alzó su frente: vió la tierra

Menor que su oleaje;

Y revolvió su fondo, y ansió guerra

Bramando de coraje.

Y alzó su frente mas; luego el casquijo

Azó furibundo;

Y en voz de cien tormentas gritó y dijo

Horrorizando al mundo:

Todo perecerá de mis enojos

Bajo los rotos lazos;

Que hambre tengo de pugna y de despojos,

Y abrí ya seno y brazos.

Los piés no amarrará de mi grandeza

De arena un débil muro,

Pæes rompiera mi empuje, que ya empieza,

Diques de bronce duro.

¿Quién pues contra mi fuerza venir osa?

¿Quién al mar se resiste?

Yo saldré y seré muerte, muerte y fosa

De todo cuanto existe.

Quiero correr, furor, donde me arrastres,

Rompiendo ya cadenas;

Quiero pisar ruinas y desastres,

Cual piso las arenas.

Quiero pisar, cual las arenas piso,

La alteza de obras tantas;

Al hombre y la mujer del Paraiso,

Fieras, aves y plantas.

Quiero empujar los llanos á los montes,

Los montes á los llanos,

Y hacer de los inmensos horizontes,

Inmensos océanos.

Quiero que entre mis ondas se consuma

El aire de la esfera,

Escupiendo á los cielos con mi espuma,

La rabia que me altera.

He de entrar por los cráteres de lumbre

Al antro mas interno,

Y he de extinguir con agua y pesadumbre

La hoguera del infierno.

Y ese sol, que en el cóncavo redondo

Soberbio refulmina,

He de humillar bajándolo á mi fondo

En trozos de ruina.

Y su luz morirá. Y vendrá la noche,

Y vendrán las estrellas.

Mas yo las barreré. Y á mi reproche

Morirán también ellas.

¿Cómo preñada se alzaré mi ola

Rizando su saliva!

¿Cómo rebramará, cuando ella sola

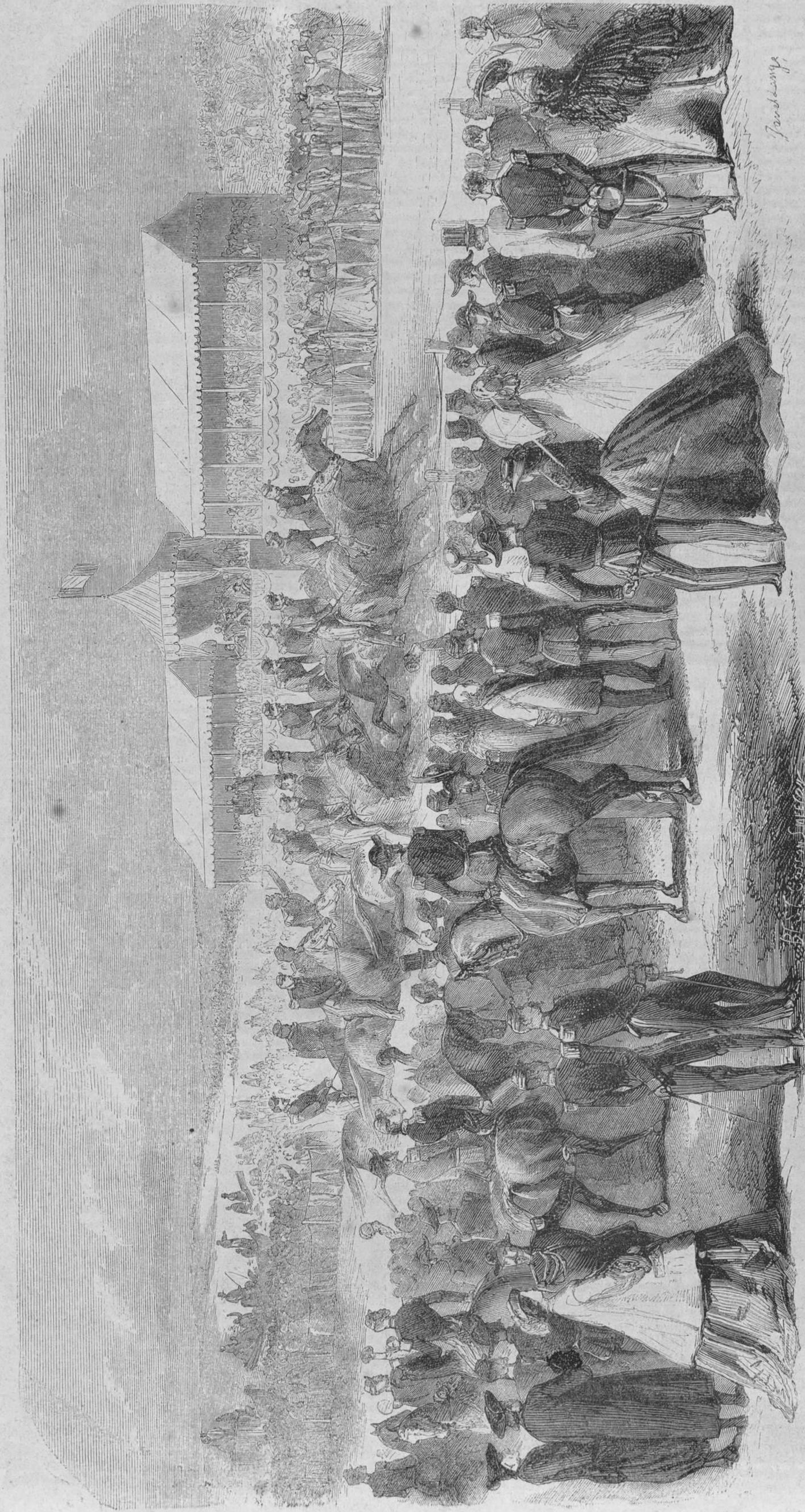
Reine abajo y arriba!

¡Ayúdame, huracán! abre tus alas,

Que son alas de muerte:

Tú, que si quieres, el cenit escalas,

Mi empuje harás mas fuerte.



Grandes carreteras militares en el campo de Chalons. — (Véase la Revista de Paris.)

¡ Aquí, huracán ! Desplégate y acude
A mi robusta espalda ;
Pues yo ya alcé en enojo cuanto pude
Mi horrificá guirnalda.

Huracan, huracan, mi turbulenta
Linfá empuja. ¡ Ven ! ¡ Corre !
Y al golpe del furor que en mí revienta
La creacion se borre !

¡ Dios temerá !...
Y el huracan bravío
Se replegó en la altura,
Reptiendo medroso en lo vacío
La voz de la criatura.

« ¡ Dios temerá ! »

Y de imperio otra voz llena

Vibró y dijo :

Y esculpido quedó sobre la arena :
« ¡ De aquí no pasarás ! »

Para terminar mi revista contaré a mis lectores la siguiente anecdota :

Una señorita de pocos alcances, para no caer en ridiculo, procuraba repetir en sociedad las frases que habia escuchado a las personas que le merecian mejor concepto por sus talentos y buena educacion.

Un amigo de la casa, de vuelta de un viaje, se presentó a visitar a la heroína de nuestra historia.

— ¿ Cómo estaba el camino ? le preguntó ella.
— Malo, muy malo, intransitable, contestó el viajero.
Pocos dias despues la jóven cayó enferma, haciéndose necesario llamar al médico.

— ¿ Cómo se encuentra Vd. ? le dijo el doctor.
La jóven contestó sin vacilar :
— ¡ Malá, muy mala, intransitable !
Esta respuesta no necesita comentarios.

JUAN DE MADRID.

Madrid 31 de agosto de 1862.

Guerra de América.

El autor de los dibujos que publicamos escribe de Nueva York con fecha 17 de agosto :

« Envío adjuntos algunos dibujos que he recogido en mi última excursion por los campamentos, y que son en cierto modo una reproducción de las *originalidades*

de nuestra guerra : primero el *Arkansas*, una nueva cañonera acorazada que ha hecho temblar a la flota federal durante muchos dias, y uno de esos monstruosos morteros con los cuales los americanos del Norte van a operar contra Mobile y el fuerte Darling.

Estos morteros que llamamos aquí morteros de 13 *inch*, es decir, de 13 pulgadas, ó sean unos 33 cent., son los mayores que se han construido nunca. El que está representado en mi dibujo pesa 17,000 libras, sin contar la cureña. Siete hombres se emplean en su servicio, y cada uno de ellos tiene atribuciones particulares. No es necesario advertir que semejantes instrumentos no pueden servir en los combates ; se usan solo en los sitios, y hay que levantar grandes construcciones para colocarlos.

Los dos retratos que envío son de los generales Halleck y Jackson.

El general Enrique Wager-Halleck, que acaba de ser



Mayor general Halleck, comandante en jefe del ejército federal.

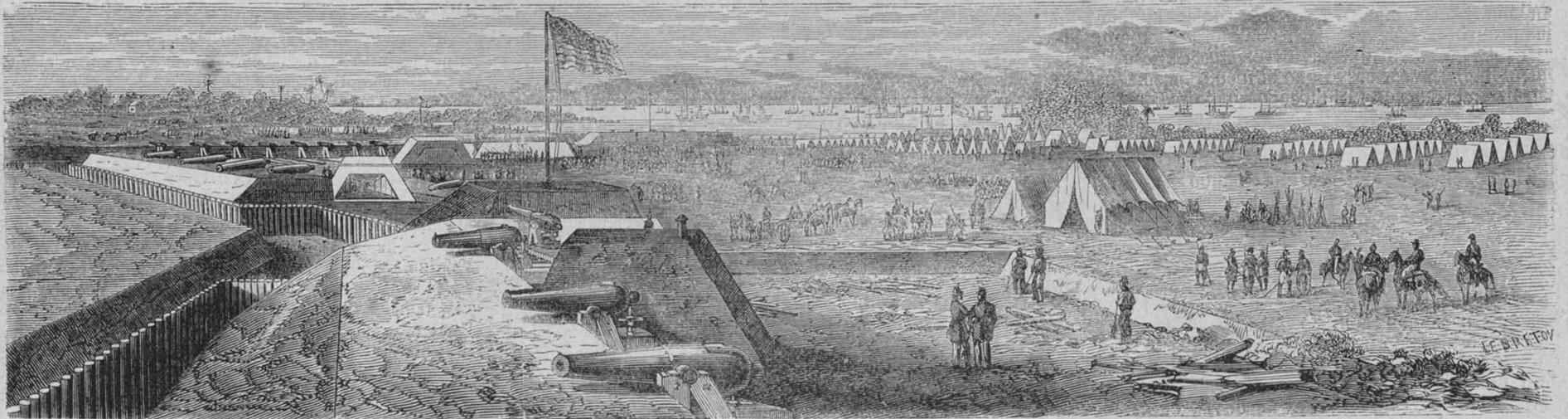
llamado al mando en jefe del ejército federal, nació en Western, en el Estado de Nueva York, por los años de 1819.

Ha sido alumno de la escuela de West-Point, de donde salió en 1839 en calidad de alférez del 2º de ingenieros. Profesó algun tiempo en la Academia militar, y publicó algunas obras militares que han obtenido un buen éxito. Sirvió como capitán en las operaciones de la baja California, fué nombrado secretario de Estado de ese territorio, y por fin comandante de estado mayor del comodoro Schubrick en las operaciones navales y militares de las costas del Pacífico.

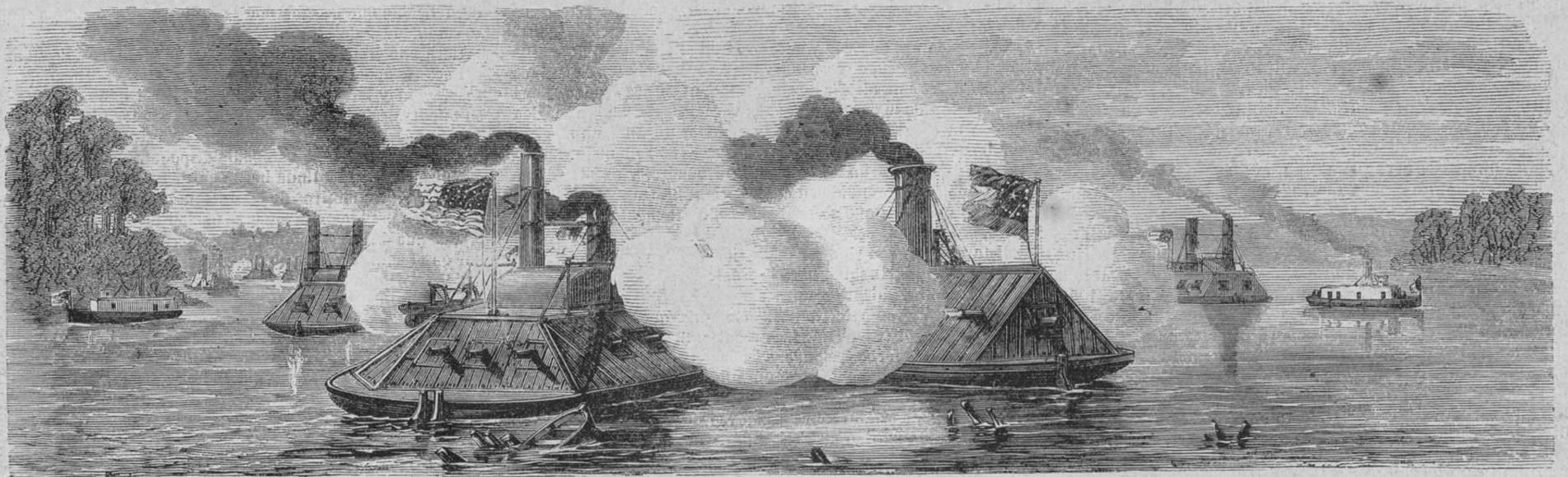
En 1854 dejó el servicio y se interesó en un establecimiento comercial de mucha importancia, cuando estalló la insurrección del Sur. Su interés personal no le hizo olvidar un instante el de su país; al punto volvió al servicio, y no pasó mucho tiempo antes que le encargaran el mando del ejército del Oeste. La derrota del general Mac-Clellan delante de Corinto hizo que se pensara en Halleck para reemplazarle en el mando en jefe, y con efecto, el 22 de julio este tomaba posesion de tan importantes funciones. Todas las simpatías del pueblo



General Stonewall Jackson, del ejército confederado.



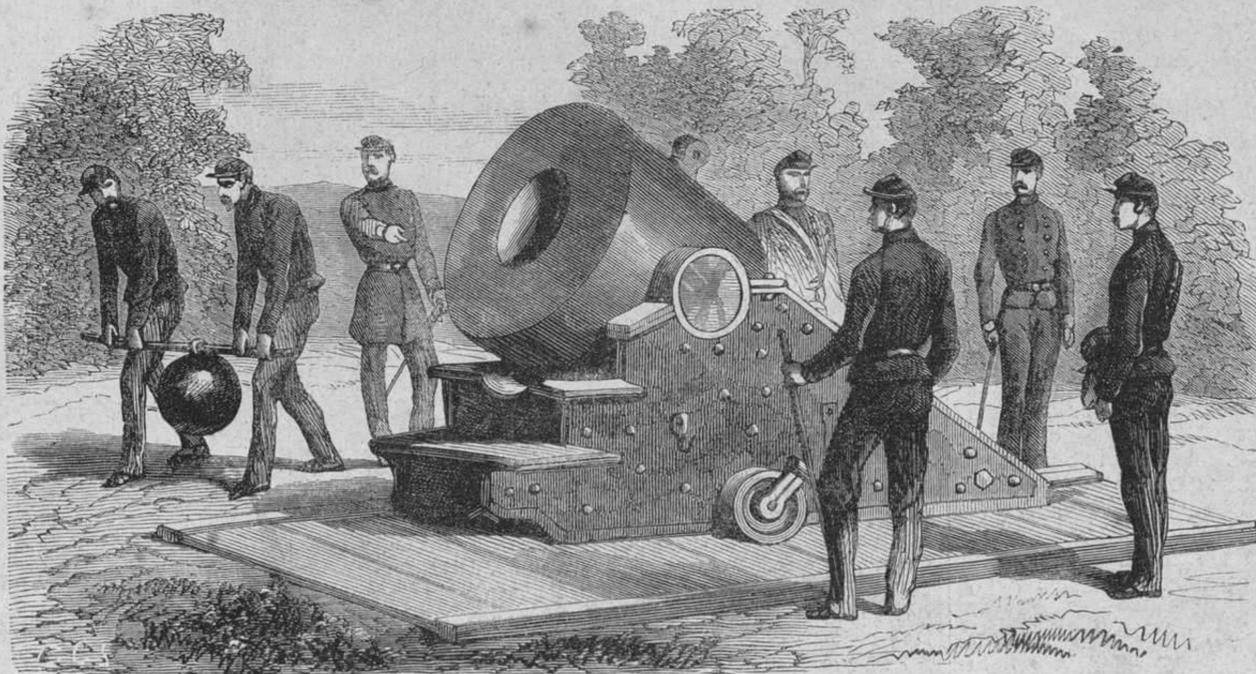
Fortificaciones recién elevadas por las tropas federales en Hiltonhead, Port-Royal.



Combate entre la cañonera confederada *el Arkansas* y la flotilla federal en la embocadura del río Yahoo, el 15 de julio.

americano, que durante tanto tiempo han acompañado a Mac-Clellan, se fijan hoy en el nuevo general, cuyos nuevos planes de campaña infunden las mayores esperanzas a los que han sido llamados a conocerlos.

El general Tomás Jackson, a quien sus soldados llaman la muralla de piedra, es brigadier general de los ejércitos de los Estados confederados. No tiene mas de treinta y seis años, y como el general Halleck ha estudiado en West-Point, de donde salió para entrar en la artillería. Sirvió en la guerra de Méjico, y en ella se distinguió repetidas veces. Retirado del servicio desde 1852, volvió á él en cuanto estalló la



Mortero monstruo empleado por las tropas federales.

guerra actual, en la que ha tomado una parte activa mostrándose uno de los generales mas capaces y atrevidos. El mandaba las tropas confederadas en la batalla de Ball's Bluff, y él contribuyó eficazmente á la retirada del general Mac-Clellan delante de Richmond, llevando importantes refuerzos al general Beauregard, á consecuencia de hábiles maniobras.

He podido asistir á las hazañas de corta duración de la cañonera *el Arkansas*, y adjunto envío un dibujo del combate que dió á la flotilla federal, lucha en que salió triunfante.

Hasta aquí la correspondencia de Nueva York; pero ahora parecenos curioso comple-

tar la historia de esta famosa cañonera el *Arkansas*, la tercera de las maquinarias destructoras dadas a luz por la confederación del Sur.

El *Merrimac*, el *Luisiana* y el *Arkansas* solo han tenido a su favor la ventaja de la sorpresa y su aparición inopinada. Sin embargo, aunque aislados, estos buques han prestado al principio algunos buenos servicios, mermando al mismo tiempo la escuadra federal.

Lo mas sensible es que ninguno de los tres buques-arietes del Sur ha concluido de una manera gloriosa, ninguno ha sucumbido como la *Real Trinidad*, sembrando en sus últimos momentos el estrago y la muerte entre los numerosos enemigos que habían logrado encerrarla en un círculo de fuego. El *Merrimac*, el *Luisiana* y el *Arkansas* han muerto de voladura fortuita ó casual.

En cuanto al *Arkansas*, quizá muchas personas ignorarán que después de su primera aparición en el Mississippi se había vuelto a cubrir de gloria rechazando un ataque combinado de las escuadras de los comodoros Farragut y Davis para destruirlo. De todos modos queda siempre a favor de los buques-arietes del Sur el orgullo de poder decir que la fuerza nada pudo contra ellos, sino que siniestros imprevistos ó circunstancias difíciles causaron su destrucción.

Fué tan grande el efecto moral que la invulnerabilidad del *Arkansas* produjo entre las asombradas tripulaciones de la escuadra federal, que el teniente coronel Ellet hizo ver al comodoro Davis la necesidad de destruir el buque enemigo a toda costa, ofreciéndose él personalmente a intentar una prueba de la cual había muchas probabilidades que fuese victima. El teniente coronel Ellet, desconfiando de los efectos de la artillería contra el *Arkansas*, creyó que el medio mas seguro de destruirlo sería embestirlo a toda maquina para ver si era posible sumergirlo; el tamaño pequeño del buque comparativamente con el que debía atacarlo y el ser él el que debía recibir el choque, daban al proyecto muchas probabilidades de éxito, aun cuando era muy posible que la solidez del *Arkansas* ocasionase también la pérdida de su antagonista.

Previendo este caso, el teniente coronel Ellet tomó a bordo de su buque el menor número de tripulantes posible, ora para que el fuego de las baterías de Wicksburg, que protegía el *Arkansas*, produjese menos estragos, ora para que fuese mas reducido el número de victimas si el buque se abría en la embestida. Después de aceptada la proposición del teniente coronel Ellet, se adoptó el plan de ataque siguiente:

Tres buques de la escuadra de Davis, el *Benton*, el *Cincinnati* y el *Louisville* debían entretener con sus fuegos las baterías del Norte de Wicksburg; el *Bragg* recibió la orden de colocarse detrás de la punta del río que hay mas arriba de la ciudad para embestir el *Arkansas* si trataba de volver a remontar la corriente; el *Essex* tomó el encargo de ir a provocar al *Arkansas* para atraerlo al medio del río, a fin de que la *Queen*, que mandaba el teniente coronel Ellet, pudiese embestirlo con mas facilidad. El *Sumter* debía seguir a la *Queen* como reserva y para ocupar su puesto si no podía llegar hasta el buque enemigo. Entre tanto la escuadra del comodoro Farragut debía atacar las baterías del Sur de Wicksburg para distraer sus fuegos y dejar mas libre la acción del buque de M. Ellet.

A la señal convenida todos los buques se pusieron en movimiento; pero como sucede generalmente en estos casos, el plan no salió tan exactamente en la práctica como se combinara en teoría. La *Queen* partió a toda maquina hacia el Hospital de la Marina en donde estaba fondeado el *Arkansas*. Al poco rato el teniente coronel Ellet se vio expuesto no solamente al fuego del buque enemigo, que parecía preparado para cualquier ataque imprevisto, sino al de todas las baterías de la ciudad que miran al río, sin que los buques destinados a llamar su atención se encontrasen en su puesto.

Sin embargo, a pesar de su crítica situación, el comandante de la *Queen* se resolvió a embestir al *Arkansas* aun cuando debiera sacrificar su existencia y la de los pocos tripulantes que le acompañaban. El teniente coronel Ellet vio que su posición respecto al buque enemigo era desfavorable en razón a que para acercarse a él, tenía que retroceder a fin de tomar carrera antes de embestirlo, y que el choque debía verificarse contra corriente. La *Queen* marchó pues hacia el *Arkansas* a toda fuerza de maquina dirigiéndole la proa al costado, pero los remolinos del río desviaron algun tanto su dirección y le dió la embestida mas hacia la proa; el golpe, aunque algo oblicuo, fué tan violento que conmovió a ambos buques. El *Arkansas* cedió y por un momento pareció sumergirse, pero en seguida se rehizo otra vez. Al retirarse la *Queen* con el objeto de tomar distancia para darle otra embestida, encalló. El comandante federal solo pensó entonces en salvar su gente; era tan desesperada su situación que creía que todos sus esfuerzos para lograrlo serían inútiles. Mientras que hacia funcionar la maquina hacia atrás a fin de ver si podía arrancar el buque, el *Arkansas* y las baterías de la plaza le hacían un fuego horroroso. La *Queen* había recibido ya mas de veinte proyectiles; su chimenea estaba agujereada por todas partes y una bala había destruido una de sus calderas; su casco presentaba por doquier anchos boquetes, y sin embargo, como si fuese un milagro, ninguno de sus tripulantes había sufrido daño alguno.

La *Queen*, después de un esfuerzo desesperado, logró ponerse a flote, pero solo pudo retirarse pasando a lo largo de las baterías enemigas; entonces recibió algunos otros proyectiles que causaron grandes estragos en

el interior del buque, desmontando algunas de sus piezas y destruyendo sus departamentos. Aunque en tan lastimoso estado, el comandante del buque federal pudo llegar a donde le aguardaban algunos buques de su escuadra, cuyas tripulaciones le recibieron con estrepitosos aplausos y aclamaciones. La *Queen* quedó tan averiada que no tiene composición, y causaba admiración que un buque tan destrozado pudiera mantenerse a flote. El teniente coronel Ellet fué de parecer que si el ataque se hubiese verificado tal como se había proyectado, hubiese destruido ó apresado al *Arkansas*, y aseguró que esto se hubiera conseguido si el *Essex* le hubiese seguido de cerca. El comandante de la *Queen* se ofreció a repetir la prueba.

Al ir al auxilio del teniente coronel Ellet, algunos otros buques federales recibieron daños de mas ó menos consideración. El *Benton*, que montaba el comodoro Davis, sufrió algunas averías; el *Cincinnati* recibió veinte cañonazos, y el *Essex* tuvo un muerto y tres heridos. El *Arkansas* salió ileso del combate.

Parece que después de este ataque el *Arkansas* recibió orden de dirigirse a Baton-Rouge para cooperar al ataque de esta ciudad. El buque confederado hubiera llegado indudablemente a su destino, pues aventajaba en velocidad a todos sus enemigos; pero después de haber pasado el Bayou-Sara se le descompuso la maquina y tuvo que dirigirse a la orilla. Al poco rato el *Arkansas* fué atacado por una escuadrilla de cañoneras federales, y después de una heroica resistencia é imposibilidad de moverse, su tripulación lo abandonó haciéndolo volar para que no fuese presa del enemigo.

J. M. Y M.

Revista de Paris.

Las carreras de caballos y la caza absorben actualmente la atención de la juventud dorada de Paris. En la última semana mientras en Dieppe y en Baden se efectuaban las carreras que habían llamado a esos dos centros de la moda una concurrencia extraordinaria, había otras en el campamento militar de Chalons, donde el príncipe Murat, oficial de guías, y el vizconde A. Talon, desempeñaron con afabilidad é inteligencia las funciones de comisarios. El emperador asistió al espectáculo desde el principio hasta el fin, acompañado de S. A. el príncipe imperial, que vestía su lindo uniforme de cabo de granaderos de la guardia.

Estamos en el mes de las vacaciones, y por consiguiente en la época de la libertad para los magistrados, los oficinistas, los estudiantes y los juveniles prisioneros de los colegios. ¡ Hermosa época! Adios la tarea diaria, el trabajo continuo medido por el reloj, la vida acompasada y encerrada en el círculo del deber inflexible. La alegría de correr por los campos en busca de nuevos horizontes es una alegría incomparable. ¡ Qué gozo cuando llega el momento de la despedida! ¡ Las vacaciones! Palabra mágica que da la señal de los placeres esperados durante un año con tanto mas ardor, cuanto mas lejana parece su conquista. La palabra sola es todo un asunto para un cuadro, y nuestro dibujante que ha emprendido su composición, ha trazado en él una serie de episodios que se explican suficientemente a la simple vista.

Esta semana tan rica en despedidas, ofrece una pobreza de acontecimientos sin igual para la crónica. Toda nuestra cosecha se reduce a la siguiente historia:

Era el 4º de enero de 18... Alberto tenía que hacer algunas visitas y que distribuir algunos regalos. Salía pues de uno de esos bonitos almacenes donde se encuentran tantas preciosas fruslerías que apenas duran algunas horas, y aun llevaba en la mano su bolsillo de cachemira azul, cuando se mostró a él una linda y delicada criatura. Era una joven de trece a catorce años, que llevaba un vestido muy pobre, en tanto que sus gruesos bucles de cabello rubio defendían únicamente su cabeza contra el rigor del frío. Una gruesa lágrima rodaba por sus mejillas, y alargaba su mano con timidez sin pronunciar una palabra.

A su vista Alberto sintió una emoción nueva para él, y sacando de su bolsillo una moneda de cinco francos, se la puso en la mano a la joven, cuya frente se cubrió al punto de un vivo encarnado; quiso hablar y sin embargo no pudo.

Alberto la siguió hasta que la vio entrar en una casa de apariencia miserable.

El joven, hijo de una familia opulenta, había sido educado en el lujo, y nunca le vino en mientes que en Paris pudiera morirle nadie de miseria. Su corazón se conmovió vivamente al aspecto de la infeliz a quien había socorrido, tanto mas cuanto que conservaba como un vago recuerdo de aquella fisonomía.

Alberto, que frecuentaba las sociedades principales de Paris, conocía todas las ventajas de que le había dotado la naturaleza, y sabía sacar partido de ellas. En breve figuró entre los jóvenes a la moda, y todos se disputaban su amistad. Sin embargo, aquel día se mostró distraído y pensativo; y por la noche su preocupación no le abandonó en medio del baile donde se había prometido tantos triunfos.

Muchas veces ya había estado enamorado, y su inconstancia había hecho derramar mas de una lágrima; pero justo es decir que su corazón no había tomado el menor interés en esas pasiones hijas de la vanidad y de la holganza.

Era entonces la época de la viva y graciosa Amelia, y esta época apenas comenzada tocaba ya a su fin. Alberto no podía borrar de su memoria la escena de la mañana, y sin cesar aquel rostro pálido y aquella lágrima se interponían entre los placeres de aquella noche.

La imagen de la vergonzante pordiosera le perseguía por todas partes, y al lado de los prendidos mas lujosos, él descubría siempre la miserable vestidura de la joven.

Para distraerse jugó, perdió mucho, y se quedó mas preocupado que antes.

Al otro día salió, y sin quererlo, como sucede siempre, se encontró en la calle donde había pasado la escena de la víspera, reconoció la casa, entró en ella sin reflexión, y llegado a lo alto de la escalera se detuvo delante de una puerta entornada: no era posible ya retroceder.

Alberto distinguió un cuarto en desorden; aquí y allá bordados comenzados, un caballete, lienzos y pinceles; pero lo que mas llamó su atención, fué una cama donde vio a un hombre pálido y descajado; una joven le sostenía la cabeza, y una mujer ya de cierta edad estaba sentada a su lado, mirándole con la inquieta ternura de una madre.

A esta vista los recuerdos confusos de Alberto se aclararon; se precipitó en el aposento, y el enfermo volvió la cabeza.

— ¡ Alberto! exclamó este con voz apagada.

— ¡ Carlos! respondió Alberto arrojándose en sus brazos.

Eran dos amigos, dos antiguos amigos de colegio que se volvían a ver al cabo de una larga separación y en posiciones bien distintas.

— ¡ Es él! exclamó por su parte la joven, pues había reconocido a su bienhechor de la víspera.

Un instante después Alberto se hallaba sentado a la cabecera de su amigo, y le rogaba que le contara sus aventuras.

— Ya sabes, dijo Carlos, que desde mi primera infancia todos mis gustos y todas mis ideas me inclinaron hacia el estudio de la pintura. Quería ser artista, y contaba adquirir trabajando algun talento para procurar a mi madre y a mi hermana un bienestar de que carecían. Vine pues a Paris, donde no nos vimos; tú vivías en la alta sociedad, y yo no dejaba mi triste guardilla sino para ir al museo y al estudio de pintura. Yo soy de constitución delicada; trabajé mucho, y muy luego caí enfermo; mi madre vendió todo lo que poseía y corrió al punto en mi auxilio con mi hermana. El placer de verlas habría debido sanarme, y sin embargo apenas las reconocí. Muchos días pasaron. Solas, desconocidas, sin amigas, no tardaron en consumir sus recursos y sus fuerzas. Mis lienzos, mis pinceles y los escasos objetos que me pertenecían, los consideraron como cosas sagradas, y se negaron a tocar a ellos. Finalmente ayer, después de una escena desgarradora, mi hermana desapareció... Una idea heroica, idea nacida de la desesperación, la dió valor para cumplir un desigño que ajaba horriblemente el sentimiento de amor propio y de orgullo innato en nosotros. Pero todo esto fué olvidado ante la imagen de la muerte de un hermano, quizá también de una madre querida que podía sucumbir bajo el peso de tantas desgracias... Nada tengo ya que añadir, prosiguió Carlos estrechando la mano de su amigo: mi hermana trajo una moneda de cinco francos que me ha salvado la vida, puesto que nada nos quedaba; postrer recurso de salvación que debo a un amigo.

— Yo soy rico, Carlos, respondió Alberto; y en adelante todo debe ser comun entre nosotros. Al aceptar algo de mi fortuna, me darás a conocer la felicidad que ella procura en este mundo, felicidad que he ignorado hasta hoy; ya ves que yo tambien te seré deudor de alguna cosa.

Carlos no se sonrojó de aceptar los ofrecimientos de su amigo.

Poco tiempo después se halló en estado de proseguir sus tareas, y muy luego conquistó un bienestar que no debió sino a su talento.

Alberto vino a ser su compañero de estudios, y pasaba a su lado todo el tiempo de que podía disponer.

Quizá la buena y linda hermana de su amigo tenía tambien su parte en los motivos de esta asiduidad. Era entonces una joven cuyas prendas y talentos se hacían mas sobresalientes cada día, siendo de advertir que sus inclinaciones no eran las de brillar en el mundo, sino las de consagrarse a la felicidad de sus amigos. Por ella conoció Alberto la vida de familia, sus dulces placeres, su calma inalterable, y seducido, no aspiró a otra cosa que a obtener la mano de la joven.

Llegó pues el momento de las explicaciones, que comenzaron con el tío de Alberto.

Este felicitaba a su sobrino por la metamorfosis que se había operado en él, y gracias a la cual, el fatuo que hasta hace poco tiempo no tenía mas ambición que la de brillar en los salones, se había cambiado en un hombre serio y distinguido.

— ¿ Quiere Vd. saber la causa? exclamó Alberto.

— Sí, seguramente, respondió su tío.

— Pues venga Vd. conmigo y la sabrá.

Y tomándole del brazo le llevó a la casa de los infelices a quienes había salvado con su limosna.

El mueble mas aparente de la habitación que ocupaban era un gran cuadro que Alberto hizo notar a su tío detenidamente.

Este cuadro representaba en el umbral de una hermosa tienda a un joven elegantemente vestido que sacaba de su bolsillo azul una moneda de cinco francos, en tanto que una pálida joven alargaba la mano para recibir la moneda.

Sus pies casi desnudos y cubiertos ya por la nieve que estaba cayendo, su miserable vestido, aquel semblante helado por el frío y la miseria, sobre todo aquella lágrima silenciosa que corría por sus mejillas, todo inspiraba la conmiseración y el interés que se pintaban en las facciones del joven.

Alberto contó la historia entera a su tío.

— Mi querido tío, añadió llevándole aparte, ahí tiene Vd. la joven a quien debo el cambio que me ha valido las felicitaciones de Vd..., y esa joven...

— Entiende, interrumpió el tío; pero... ¿ no es rica?

— ¡ Oh! Si lo es; ¿ no posee todas las virtudes?

— Bien, la haremos una dote; pero... ¿ y sus títulos de nobleza?

— Ni un solo día ha pasado sin consagrarse a su familia...

— Corriente, esos son los mejores.

Y luego volviéndose hacia la joven, exclamó:

— Mi querida sobrina, pues supongo me permitirá Vd. que la dé este nombre, ¿ me negará Vd. su mano para mi sobrino, que gracias a Vd. ha dejado de ser un loco?

El casamiento se efectuó, y Alberto contaba noches pasadas esta sencilla historia de sus amores a varios de sus amigos.

Con la invención de los sellos de franqueo, los coleccionis-

tas han encontrado un vasto campo para entregarse á sus tareas. Hace algunos meses hablamos aquí de esta manía de reunir sellos viejos, manía que en España no había parecido de todo punto inocente, pues se llegó á decir que se había descubierto el modo de borrar la estampilla de correos, con lo cual el sello quedaba otra vez disponible. Sin embargo, nada positivo se ha averiguado, que sepamos nosotros, sobre este punto, y la gente tanto en España como en Francia se ocupa con mas ardor que nunca en formar colecciones de sellos usados.

De este furor general ha resultado que los sellos de correos tienen ya su historia y su estadística. De los curiosos datos publicados recientemente por un diario de París, resulta que se cuentan 1,101 sellos diferentes en circulación, ó retirados de la circulación; 627 de Europa, 41 de Asia, 45 de Africa, 90 de la Oceanía, y 298 de las dos Américas. La Francia tiene en esta enumeración 25 modelos, repartidos en las diversas emisiones de 1849, de la presidencia decenal y de las dos emisiones del imperio.

El honor de haber sacado los primeros sellos corresponde á la Inglaterra (1840); su ejemplo fué seguido por la Bélgica en 1847, y por la Francia el 24 de agosto de 1848. La España, la Suiza, la Prusia, el Austria y los principales Estados de la confederación germánica, emitieron los suyos en 1850; el Piamonte en 1851; los Países Bajos en 1852; la Dinamarca en 1853; la Suecia en 1855; la Rusia en 1858; la Grecia en 1861, y la Moldavia en 1862.

El uso de los sellos de franqueo no se ha generalizado en Asia, en Africa y en la Oceanía, sino en las colonias europeas y en los Estados donde la civilización europea ha reemplazado las costumbres locales.

Los sellos ofrecen los mas variados colores. Si la mayor parte de ellos son rectangulares, tambien los hay redondos, octógonos, y aun triangulares, como los del cabo de Buena Esperanza. Dominan entre los colores el encarnado, el verde, anaranjado, violado, carmin, lila, azul y gris perla.

Los dibujos que los adornan son unas veces litografiados, otras grabados, otras estampados en relieve. Estos dibujos tienen su significación, y andando el tiempo podrán contribuir á rehacer la cronología de los reyes y las revoluciones, pues las emisiones corresponden á cambios de soberanos ó de formas de gobierno.

La nueva manía de recoger los sellos de franqueo ha dado nacimiento á un ramo de industria y á un tráfico. En el día, con efecto, se fabrican albums, carteras y cuadros para coleccionar los sellos; se vende el Manual del coleccionista de sellos, y por último, este comercio tiene sus negociantes especiales que trafican por cambios ó por ventas, habiendo sello que cuesta hasta doce francos, en tanto que otro no vale un céntimo.

Hasta existe, dice el diario *el Temps*, una especie de bolsa de sellos de correos y su mercado presenta cierta actividad. Esta bolsa se halla en el jardín de Tullerías en el lugar llamado la Pequeña Provenza, donde se reúnen los ancianos gotosos, los niños y las sirvientas. Este público, á pesar de su extremada vetustez y de su juventud excesiva, se entrega á las especulaciones mas atrevidas sobre los sellos de correos.

Hé aquí por fin la lista de la compañía de ópera italiana para la temporada que debe comenzar en 1.º de octubre próximo:

Tenores: Naudin, Tamberlick (para marzo y abril), Vidal y Cantoni, dos artistas nuevos en París, pero célebres ya en Italia. Baritonos: Delle-Sedie y Bartolini.

Bajos: Capponi y Zucchini.

Sopranos: Señoras Rosina Penco, Frezzolini, María Battu, Saint-Urbain, Volpini y Adelina Patti, la jóven y aplaudida cantatriz de Covent-Garden, que debe presentarse en París del 15 de noviembre á fines de febrero en las óperas *Il Barbiere*, *Don Giovanni* (papel de Zerlina), *la Sonnambula* y *Lucia di Lammermoor*.

Contraltos: La Alboni y la Trebelli desde el 1.º de enero, y en los tres primeros meses de la temporada, la Mariotti, que llega de Florencia con una buena reputación.

No nombramos mas que las partes principales. El programa trae tambien la siguiente lista de las óperas que se cantarán en la actual temporada:

Otello, *Cenerentola*, *Il Barbiere*, *Semiramide* y *Maometto II* (Rossini);

Norma, *I Puritani* y *Sonnambula* (Bellini); *Polito*, *Elisir d'Amore*, *Lucrezia Borgia*, *Anna Bolena* y *Don Pasquale* (Donizetti);

Giuramento y *Il Bravo* (Mercadante); *Le Cantatriel Villane* (Fioravanti);

Serva Padrona (Pergoleso); *Un Ballo in maschera*, *Il Trovatore*, *Rigoletto* y *Traviata* (Verdi);

Il Matrimonio segreto (Cimarosa); *Don Giovanni*, *le Nozze di Figaro* y *Così fan tutte* (Mozart);

Marta (Flotow). Operas nuevas: *I Lombardi* y *Giovanna d'Arco* (Verdi);

Stradella (Flotow). Vemos pues, que tampoco este año abundarán las novedades en los Italianos.

MARIANO URRABIETA.

Los porteros parisienses.

Es cosa sabida el importante papel que desempeña en París la institución de los porteros, y que estos constituyen una raza que se divide y subdivide hasta lo infinito en familias, géneros y subgéneros.

Hoy existen:

- El portero mohino;
- El portero fiscal;
- El portero majestuoso;
- El portero capitalista;
- El portero político, y
- El portero mártir.

Antes de llegar al interesante descubrimiento que produce esta nomenclatura, pareceme útil diseñar esas diferentes variedades de la especie.

El portero mohino abunda tanto, que es superfluo retratarlo. Es el mismo que nos ha hecho repetir un centenar de veces « el cordón, » y no consiente en tirar de él hasta que hemos añadido « si Vd. gusta. »

El portero fiscal es el que cobra un impuesto mas ó menos voluntario á todo inquilino que se retira despues de media noche. Solo conozco un ejemplo de represalias tomadas contra el portero fiscal. Corresponde esta gloria á un truhan que habiéndose entretenido, regresó á su casa mucho despues de media noche, en una ocasión en que nevaba copiosamente. Levantóse el portero, y á través de la cerrada puerta, hizo la declaración siguiente:

— Caballero, ha pasado la hora en que tengo el deber de tirar del cordón; á esta hora tendria que abrir con llave, y esto vale cinco francos.

El inquilino trató de parlamentar, de enternecer al portero y conseguir una rebaja; mas el portero amenazaba con volverse á la cama.

El inquilino, vencido por el frío, pasó por debajo de la puerta una moneda de cinco francos, y el portero abrió. Pero entonces varió la decoración. El inquilino, que era jóven y vigoroso, obligó al portero á hacer una pirueta, siendo el resultado ponerlo en la acera, quedándose el truhan dentro.

— ¡ Señor Gustavo! dijo entonces el portero, ¡ ha hecho Vd. una tontería! Estoy en camisa, el termómetro del ingeniero Chevalier marca 16 grados, y le aseguro á Vd. que tengo mucho frío. ¡ Abra Vd. la puerta!

— Amigo mio, contestó Gustavo, Vd. conoce las reglas de la casa. La hora del cordón ha pasado, tendria que abrir con llave, y esto cuesta diez francos.

— Pero, señor Gustavo, ¿ de dónde quiere Vd. que saque yo diez francos? Ya conoce Vd. que estando en camisa, no puedo llevar dinero en los bolsillos.

— Pues bien; eche Vd. por debajo de la puerta los cinco francos que le acabo de dar, y quedará Vd. debiéndome otros cinco.

Por este medio sacó Gustavo sus cinco francos de las garras del portero fiscal. Yo sé perfectamente que esto no explica cómo podia tener un estudiante cinco francos; pero la verdad es que si hubiera de explicarse todo, seria imposible escribir historias.

He conocido al portero majestuoso. Es un hombre de sesenta años, herméticamente encerrado en un cuarto esterado, y sentado como un canónigo en un gran sillón á la Voltaire. Señas particulares: gorro de tapicería, babuchas de orillo y un guisado sobre el brasero. Cuando le dicen que tire el cordón, el portero llama á su criada: « ¡ Catalina, vamos, hija! ¿ No oyes que llaman? » Al paciente: « Ahora baja, caballero; ahora baja. » Pero lo que es la persona del portero majestuoso no descende á tales pequenezes. El dueño de la casa era un anciano general y el portero le había servido muchos años de ayuda de cámara. Cuando se quejaban al general de la conducta del portero, contestaba indefectiblemente: « ¡ Qué quiere Vd. que le haga! Me ha salvado la vida en la Moseowa! No es un portero, sino un amigo. »

Conclusion: que debemos evitar el vivir en una casa cuyo portero haya salvado la vida al propietario, á menos que este sea muy ingrato.

El portero capitalista es una especie de hormiga; antiguo limpia-botas ó mozo de oficina, que á fuerza de guardar sueldo sobre sueldo, ha logrado reunir algunas monedas de plata y convertir estas en otras de oro. Con ellas trafica, bolsea y presta á réditos: es fanático por la deuda española, y generalmente busca valores que ofrecen cinco francos de rentas por un capital de dos francos. Es además un hombre importante, con aspecto de intendente, que administra la casa por cuenta del propietario, y que vive con el producto de sus tierras. He conservado en la memoria el siguiente diálogo entre un jóven que buscaba un nido y un portero capitalista.

— Todo bien considerado, decia mi amigo, tomo el cuarto, aun cuando sea carísimo, por 1,500 francos.

— ¿ Usted sabe que los alquileres van subiendo? — ¡ Harto lo veo!

— Ahora debo decir al señor las costumbres de la casa: no queremos perros, niños, ni papagayos.

— Vivo solo con mi padre...

— ¡ Su padre de Vd.!... ¡ Su padre! exclamó el portero. Un viejo que escupira en la escalera... ¡ No, señor, no! ¡ No alquilo el cuarto! ¡ Muchas gracias! ¡ Vaya! ¡ Venirse ahora con padres! ¡ Me gusta la invención!

El portero político está muy en decadencia: ha tenido sus dias de esplendor en tiempos de Robespierre, como decia M. Cognard, y de aquellos tiempos subversivos ha quedado un portero político, ideal de una sociedad en que las duquesas y las marquesas pasaban la vida arrojadas delante de los porteros.

El portero político es socialista, y tuvo un momento de regeneración en 1848; cuando la distribución inminente de las propiedades tenia fijadas sus miradas muy de antemano en el reloj del principal y en el armario con espejo del segundo. Hoy el portero político se contenta con recoger de la basura los periódicos de los inquilinos, para leerlos detenidamente. Detesta al czar, pero ama á los polacos; y esa simpatía y esa antipatía le aproximan y le alejan sucesivamente del gobierno.

Resta ocuparnos del portero mártir. Este es el tipo inmortalizado por el genio de la burla y encarnado en la piel del célebre Pipelet. Si yendo á Lons-le-Saulnier, encontrais un pasante de abogado, os contará como una aventura ocurrida la vispera, la antigua anécdota titu-

lada: Portero, dame tus cabellos. Pero ya no es permitido contar esas antiguallas á los hijos de París.

Sin embargo, no puedo reprimir el deseo de narrar una de esas jugarretas que son la desesperación de los porteros durante dos ó tres meses. Esta broma, que según parece data del tiempo del consulado, fué imaginada por un magistrado que llegó a ser un modelo de los de su clase.

Es una jugarreta que para ser bien desempeñada, requiere el concurso de muchas personas inteligentes.

Hé aquí la receta:

Se elige un portero de mediana edad, con el cual se pueda comunicar por un postiguillo. Seguidle desde el principio de la broma.

Se presenta un jóven rubio delante del ventanillo:

— Portero, ¿ esta en su habitación M. de Galimard? — ¡ Galimard! dice el portero, no le conozco.

— Si tal, portero; Galimard... es un jóven recién salido de presidio...

— Caballero, en esta casa no viven presidiarios.

— Dispense Vd., portero; habré equivocado el número... ¡ Dios mio, portero, qué feo es usted!

A la mañana siguiente se presenta otra visita.

— ¿ Portero... M. Galimard?

— Ya preguntaron ayer... contesta el portero enojado; pero no vive aquí...

— ¡ Es extraño! Me dijo calle de San Lázaro, núm. 17, el portero mas bestia de París. ¿ No es Vd. el portero mas bestia de todos los porteros de París?

Inútil es decir que el portero se precipita sobre su escoba, mas antes de que haya salido de su ratonera, desaparece el burlon.

Preséntase en seguida un caballero de aspecto grave y respetable.

— ¡ Qué veo! exclama arrimando la cara al ventanillo. Daré parte al comisario.

— ¿ Al comisario?... ¿ Y de qué, caballero? pregunta el portero intimidado.

— Ya me lo habían dicho, pero yo no quise creerlo, continúa el caballero tomando notas. — ¡ Señor! ¿ En qué siglo vivimos? ¡ Con que Sócrates bebió la cicuta, Galileo gimio en los calabozos de la inquisición, Juana de Arco murió quemada, y hay porteros que viven en la opulencia y almuerzan ganso? ¡ Este escándalo debe cesar! Voy á quejarme al comisario.

— ¡ Quejarse! ¡ Ir al comisario! ¿ Pero á qué viene esa queja?

— ¡ A Galimard!

El portero vuelve á echar mano á la escoba, tan inútilmente como antes.

A los tres meses de ocurrirle cada día una escena de esta clase, exasperado el portero, empieza á no saber lo que hace, y por las noches espía a su mujer y sus hijos para ver si pronuncian el nombre de Galimard.

Otro portero, cuyo semblante respiraba candor y honradez, ve cierto día penetrar en su cuchitril á un jóven, el cual despues de haberle saludado, toma una silla, se sienta, presenta al portero su caja de rapé, y entabla la conversación en estos términos:

— Está Vd. bien alojado... Esto, aunque reducido, es cómodo y claro.

— Sí, señor; no se está muy mal.

— ¿ Qué está Vd. remendando?... ¿ Un paletó?... — No, señor; es una levita.

— ¡ Ah! ¡ Si! Una levita... una levita color de castaña. Callan algun tiempo.

El jóven vuelve á tomar la palabra.

— ¿ Cree Vd. que hará buen día mañana? — ¡ Psi! ¡ No sé! El viento sopla de mala parte... Y anoche estaba la luna entre nubes...

— ¿ De qué país es Vd.? — De Tours, en Turena.

— He pasado por allí: es un país delicioso, el jardín de Francia. ¡ Qué sitios! ¡ qué campos y qué ciruelas!

¿ Con que es Vd. de Tours? — En Turena, si señor.

— ¿ Qué edad tiene Vd.? ¿ Cincuenta ó cincuenta y dos años? — Por San Martín cumpliré los cincuenta y tres.

— Pues no los representa Vd. — Es Vd. muy bondadoso...

— No, no; de veras; puede Vd. quitarse, sin que se conozca, seis meses, lo menos.

Nuevo silencio. El jóven vuelve á tomar la palabra:

— ¿ Es Vd. casado? — Sí, señor.

— ¿ Hace mucho tiempo? — Veinte y dos años.

— ¿ Y tiene Vd. hijos? — No, señor... Pero, caballero, hace una hora que no cesa Vd. de dirigirme preguntas y de hablarme de cosas que á nadie interesan. En definitiva, ¿ qué desea Vd.?

— ¡ A fe mia, que es Vd. un portero muy descortés!

¡ Cómo, pone Vd. sobre la ventanilla: *Hablad al portero*, entro, hablo, me tomo mil trabajos para sostener la conversación, y me recompensa Vd. de ese modo! ¡ Portero, Vd. no sabe vivir!

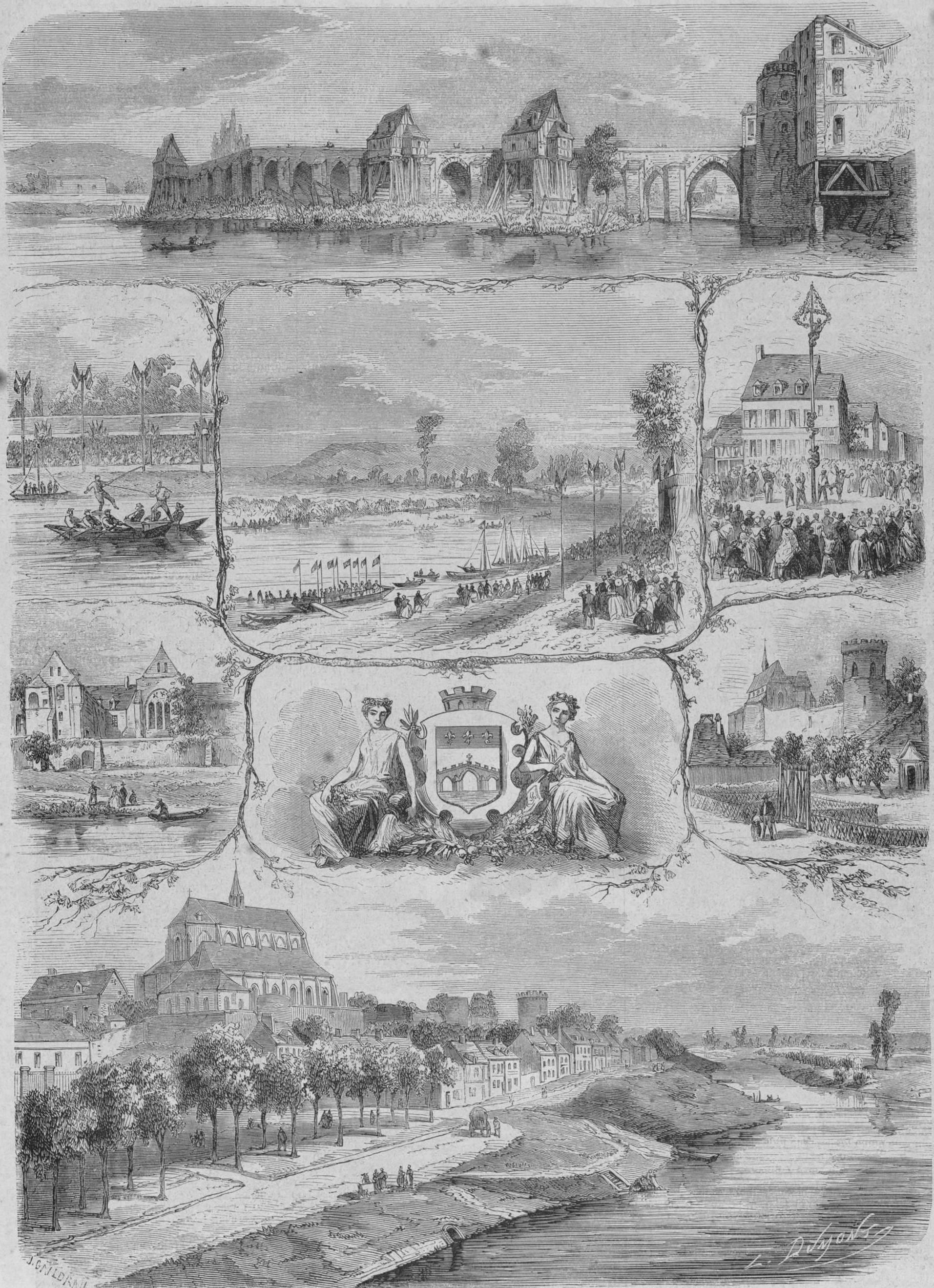
Y el jóven se aleja dejando al pobre hombre con la boca abierta y confundido.

Regatas de Pont-de-l'Arche (Francia).

El precioso sitio en cuyo centro se halla colocado Pont-de-l'Arche, compensa felizmente para esta antigua ciudad la pérdida de sus murallas tan pintorescas y de



La Natividad de la Virgen, copia del cuadro de A. del Sarto.



Las fiestas de Pont-de-l'Arche.

su famoso puente construido por Carlos el Calvo, que no ha hecho olvidar aun el nuevo puente de piedra. La hermosura del paisaje y los recuerdos históricos atraen allí al artista y al escritor. Hé ahí la antigua abadía de Bonport fundada, según dicen, por Ricardo Corazon de Leon, cuyas majestuosas ruinas, cubiertas con un verde manto de yedra, se reflejan en el Sena. En otro tiempo formaba uno de los beneficios del célebre abate Desportes, el tío licenciado del licenciado y satírico Regnier. Hé ahí las torres almenadas, últimos vestigios de imponentes fortificaciones; la iglesia gótica con sus interesantes vidrieras y sus bóvedas tan estudiadas por los inteligentes; la entrada de la ciudad con sus risueñas perspectivas; los mercados que desaparecieron hace poco, y mas lejos en el horizonte la cuesta de los Dos Amantes; las ruinas del castillo de Pistes habitado por Carlos el Calvo, y la célebre isla de Oscelle, guardada de los normandos en el siglo IX.

Pont-de-l'Arche ha pasado bruscamente de una existencia agitada a una vida apacible y silenciosa. Con motivo de la fiesta del pueblo se organizaron regatas que por un día vinieron a devolverle su antigua animación. Los barqueros de Paris, de Ruan y de Elbeuf habian acudido a la fiesta. El *Bengali*, de Paris, patron Dufour, se llevó el premio de honor de conjunto, y otro premio en las carreras a la vela. La *Aigrette*, de Elbeuf, patron Rouvin, obtuvo tambien un premio. Las demas carreras presentaron un interés secundario. E. B.

Cuentos de Carlos Dickens.

EL ARMARIO DE ENCINA.

(Continuacion.)

— No por cierto, dijo M. Benson, continuad.
— ¿No habeis oido hablar del viejo marqués de?... pero olvidemos ese nombre odioso... el marqués tenia un hijo... el conde Rogerio... ¡joven encantador, tan generoso, tan alegre, y sin nada de orgullo!... Rogerio vió a Carolina, y prendado de su hermosura... la amó... como la amaba todo el mundo... ¿quién no la habria amado?... ¡Ay! la declaró su amor y fué correspondido... siempre la antigua historia, M. Benson... el amor y sus risueñas perspectivas, y luego el amor y sus amargas penas... Una tarde, era por el mes de setiembre y hara de esto doce años, si, doce años, Carolina entró en mi aposento y me dijo:

« Querida prima, ¿creeis que mi padre sea un hombre capaz de perdonar? »

« Sin duda, mi querida Carolina, la respondí. ¿No es cristiano? »

« Lo es; pero ¿perdonaria a una hija que hubiese tenido la ambicion de elevarse sobre la posicion que deberia ocupar? ¿La perdonaria, añadió Carolina sonriendo, que se hubiese convertido en una lady? ¿La saludaria gustoso quitándose el sombrero como a la marquesa cuando pasa por delante de él en carroza para ir a misa? »

« ¿Qué locura, dije a Carolina temiendo comprenderla; y cuando me hubo confiado todo su secreto, la di los consejos de una buena hermana, aunque a la verdad estaba maravillada aquella tarde viéndola dar vueltas por mi cuarto, tomando el aire de condesa, abanicándose con una babucha y levantando la cola de su manto de corte... que no era todavía sino su vestidura de aldeana. »

« ¿Y qué sucedió? ¿Cogió una pleuresia y murió del pecho? »

« No, sobrevino un rapto. A poco tiempo despues desapareció, y desde aquel día fatal el Labrador Merrywood doblegó su humillada frente. El desgraciado padre pareció olvidar que habia tenido una hija. No habló mas de Carolina; nadie se atrevió a hablarle de ella, y cuando el mes siguiente recibió una carta de la joven en donde le contaba que se iba a casar, que iba a ser una señora encopetada y rica, y que siempre adoraria y respetaria a su padre... hizo añicos la carta y los arrojó al aire diciendo: « ¡Insensata! ¡Insensata! »

« Estaba loca en efecto, repuso M. Benson, pues adivino que el joven conde no se casó con ella. »

« ¡Oh! No, y ella no escribió mas. El Labrador Merrywood subió al cuarto que habia ocupado Carolina, abrió violentamente el pequeño armario de encina donde ella guardaba sus ropas, vació las gavetas en el suelo, y lo quemó todo, vestidos, ropa blanca, pañuelos, etc. Este armario era un antiguo mueble de familia que habia pertenecido a su propia abuela, luego a su madre y luego a su mujer... El cajón de arriba tenia un doble fondo que servía de cartera a Carolina, y en él conservaba todas las cartas que habia recibido de su padre estando en el colegio. El Labrador Merrywood abrió tambien este doble fondo, sacó todas las cartas y quiso leer una de ellas, pero no pudo porque sus ojos se llenaron de lagrimas. Pasó un mes y luego otro, y luego un año entero, y el Labrador Merrywood no estaba ni menos triste ni menos sombrío, cuando recibió una carta con los blasones de marqués en el sello. Al punto la abrió y vió que era del joven conde Rogerio, cuyo padre, el anciano marqués, acababa de morir habiéndole dejado todos sus dominios y sus títulos, mas con la condicion de que se habia de casar con la heredera de Rockingham. »

« Carolina, escribia el nuevo marqués, tiene cuanto necesita y es dichosa; pero yo os debo una reparacion personal, pues sé que vuestra fortuna se ha resentido de vuestras desgracias. Bajó este concepto os envío con

esta carta y en nombre de vuestra hija cuatro billetes de banco de mil libras esterlinas cada uno. »

« ¡Alabado sea Dios! exclamó el prestamista. ¡Qué corazon tan noble y generoso! ¡Cuatro mil libras esterlinas! ¡Qué fortuna para el Labrador Merrywood! »

« Mal le juzgais por cierto. ¡Ah! ¡Si hubiéses visto como yo el furor concentrado con que estrujó aquella carta en sus manos sin desplegar una palabra! Al cabo de un cuarto de hora de sombrío silencio me dijo: — « Mi querida Janet, subid conmigo, quiero que seais testigo de lo que voy a hacer. » Yo seguí temblando hasta el cuarto de Carolina. « — Hé aqui, añadió, cuatro mil libras esterlinas que ese cobarde seductor habria querido hacerme aceptar en nombre de mi hija. Dios me libre de tocar a ellas, y tampoco se las devolveré, porque podría emplearlas en seducir a otra; pero... cuando yo ya no exista... si la hija que me ha robado se ha quedado en la miseria por causa de su abandono, no quiero que se muera de hambre; justo es que encuentre el precio de su vergüenza, y vos sabréis dónde hallar lo que la pertenece. » Y al decir esto abrió el doble fondo, echó en él los billetes de banco, empujó la gaveta con un postre acceso de sombría desesperacion, y me entregó este alfiler de plata que sirve para mover el resorte secreto. El Labrador Merrywood ha muerto y Carolina tambien: ¿a quién deben ir a parar las cuatro mil libras esterlinas? »

« ¡Y yo que he vendido ese armario por dos libras esterlinas! exclamó M. Benson... ¡Miserable de mí! Lo repito, me han robado: ¿estais bien segura de que fuisteis la única a quien el Labrador confió el secreto? ¡Ah! Habria debido desconfiar de aquel mozuelo que con su aire candoroso vino justamente a elegir el armario entre tantos muebles como tengo en la tienda. »

« Decidme quién es el comprador, repuso la señora, pues no solo poseo el secreto, sino tambien el alfiler. »

« Dadme el alfiler, dijo M. Benson, no es tarde para cerciorarse de la cosa, y corro a ello. »

« No, no; yo quiero guardar la llave. Hacedos con el armario, y una vez que esté aquí le abriremos juntos puesto que debemos repartirnos el dinero, a menos que no prefirais darme las señas del comprador para que yo me arregle con él. »

« Eso sí que no, dijo a su vez M. Benson, yo he cometido la falta y a mí me corresponde repararla. Venid aquí mañana a las nueve. »

« Corriente, mañana a las nueve, repitió la prima Janet. Buenas noches. »

Y se fué a su carruaje.

M. Benson no durmió temiendo que el sol y el joven de Salisbury-street no se levantaran antes que él. En cuanto apareció la luz del día, se dirigió hacia esa calle, y eran las seis de la mañana cuando se encontraba delante del número 2. Al ir a tocar la aldaba se aseguró de que llevaba en el bolsillo tres rollitos de oro.

« Cuenta, dijo para sí, con que la vista de este oro seducirá a mi modesto joven, y sobre todo a su anciana tia a quien será preciso contemplar. Muy bien, aquí está el oro, llamemos. »

« ¿Quién es? »

« ¿Se ha levantado ya mistress Truman? preguntó M. Benson al través del agujero de la llave. »

« Todavía no. »

« ¿Y su sobrino? »

« Soy yo, respondió una voz dentro. »

Y cuando se abrió la puerta este buen sobrino que asomó en persona, manifestó su sorpresa por aquella visita matutina.

« Señor mio, le dijo M. Benson, puede uno madrugar cuando se trata de reparar un error cometido. Así me sucedió a mí anoche al venderos un armario que me deja un juego descabado. Vengo yo mismo a deshacer la venta, pero soy demasiado justo para no indemnizaros grandemente; podeis elegir en toda mi tienda aquello que mas os guste. »

« ¡Oh! No, señor, nada de eso. Mi tia está loca de júbilo con su regalo, y yo no creo que hayamos caído en ningun error. No he abierto las gavetas todavía, y ademas, recordareis que lo he previsto todo... ¿Quién sabe si no podría encontrar una fortuna? Ya os lo decía ayer, esos viejos muebles de familia han enriquecido a mas de un heredero. »

Hubo una pausa durante la cual M. Benson hacia sus reflexiones y sus calculos.

En seguida continuó la conversacion a media voz, y fortificó su elocuencia sacando el bolsillo. Parece ser que acabó por hallar un argumento victorioso, pues media hora despues el gótico armario volvía a su tienda, despues de haber deshecho todo el camino de la vispera.

« ¡Ah! Ya respiro, exclamó; pero ¿esperaré a las nueve?... ¡Y esa buena prima que se ha figurado que no podría prescindir de su alfiler! Hé aqui un hacha que ha abierto ya otros muchos resortes. »

Y al pronunciar estas palabras saca la primera gaveta del armario, y ve un papel pegado con una oblea en el fondo del cajoncito.

« ¡Oh! ¡Oh! continuó diciendo; ¿será uno de los billetes? »

Y leyó: « Recibido: JORGE EVANS. »

En el mismo instante el joven cómico volvía a su cuarto de la posada de las *Tres Palomas* y volvía a meter en su cofre dos vestidos de mujer.

« Vamos, se decía, el empresario de este pueblo se ha apresurado demasiado a quebrar; yo habria podido

proporcionarle algunas buenas entradas con mi estreno. Creo que me han salido bastante bien mis dos papeles de la tia Truman y de la prima Janet. Deduciendo de mis doscientas cincuenta libras esterlinas el alquiler de la casa de Salisbury-street, las dos libras del armario, lo que debo por la silla de posta y la propina de seis peniques tan generosamente entregada a ese avaro M. Benson, aun me quedarán las doscientas libras de mi padre con los réditos desde hace diez años. Deseo que la conciencia de mi deudor quede tan ligera como la mía. »

FIN DEL ARMARIO DE ENCINA.

RECUERDOS DE UN NIÑO PERDIDO.

Muy niño era yo aun cuando me perdí un día en la cité de Londres. Un Sugeto... (¡sombra de este sugeto, perdóname que no haya conservado una memoria mas característica de tu identidad!) un Sugeto habia querido enseñarme el exterior de la iglesia de San Gil, lo que me causó un alborozo extremo. Debo advertir que yo me habia formado una idea novelesca relativamente a este edificio religioso, situado en el barrio general de los mendigos, especie de corte de los milagros de la capital británica. Creia firmemente que todos los pobres que durante la semana se hacían pasar por ciegos, sordos, mudos, cojos, mancos ó estropeados de cualquier manera, se despojaban de esos achaques ficticios el sábado en la noche, se ponían al otro día sus mejores ropas y asistían al servicio divino en el templo de su santo patron. Ademas habia oido hablar de la antigua majestad de los mendigos, y me imaginaba vagamente que el sucesor del famoso Bamfylde Moore Carew ejercía en esta ocasion las funciones de un mayordomo de fabrica coronado, enseñoreándose en medio de sus súbditos sobre un alto banquillo adornado de cortinajes encarnados.

Estabamos en la primavera, y la influencia de la estación exaltaba sin duda mi mente juvenil. Hé ahí por qué el Sugeto se ofreció a enseñarme la susodicha iglesia, prometiéndose calmar así mi fiebre novelesca con la vista de la prosaica realidad.

Despues del almuerzo marchamos a San Gil.

Creo recordar que el Sugeto llevaba un traje muy lujoso: calzon blanco corto, altos botines que le llegaban a las rodillas, un frac verde con botonadura de metal y un cuello de camisa de monstruosas proporciones. Sin duda habia llegado hacia poco de las tierras de lúpulo del condado de Kent, de donde yo habia venido a Londres algunos años antes. En suma, yo le consideraba como el espejo y el modelo de la elegancia y de la moda.

Orgullosa de estar en conversacion con el Sugeto, contemplé la arquitectura exterior de San Gil con los sentimientos de una satisfaccion tanto mas viva cuanto que en lo alto del campanario ondeaba una bandera.

Si no me engaño, bajamos despues por la larga calle del Strand hasta el hotel del duque de Northumberland, para echar un vistazo al célebre leon que tiene en la puerta. A todo evento, estoy seguro de que yo perdí al Sugeto ó el Sugeto me perdió a mí, en el instante en que abría yo los ojos y examinaba con respetuosa admiracion aquel leon de piedra.

La primera impresion de vago terror que siente el niño que ha perdido a su guia, me hace estremecer aun en este momento. Creo en verdad que si me hubiese hallado extraviado en las regiones del polo norte, en lugar de estar en la populosa callejuela sobre la cual presidia en aquel tiempo el leon del hotel de Northumberland, no me habria horrorizado tanto; pero fué aquello un primer arrebató que se acabó por sí mediante algunas lagrimas y una agitacion extrema; sucedió luego un sentimiento de dignidad sombría, y entrando en un patio, me senté al pie de una escalera para reflexionar en lo que iba a ser de mí.

Si mi memoria no me engaña, no me ocurrió la idea de preguntar cual era el camino para volverme a mi casa. Aun creo que durante un rato preferí orgullosamente estar perdido; pero en cambio me acuerdo muy bien de que en los vastos planes que formé para lo venidero, no busqué la via mas próxima y mas corta. Era yo un niño muy novelesco... no lo olvideis; debia tener de nueve a diez años.

Por toda fortuna yo poseía en mi bolsillo un chelín y cuatro peniques, con una sortija de laton en el dedo meñique, una sortija que contenía engastado un fragmento de vidrio encarnado. Esta alhaja me habia sido dada por la señora de mis pensamientos en mi último cumpleaños, día memorable en que ella y yo nos habiamos jurado casarnos, sin dejar de prever por eso mas de un obstáculo para nuestro enlace y las objeciones de nuestras dos familias, pues ella pertenecía al culto metodista (nótese que la señora de mis pensamientos tenia seis años), y yo a la iglesia anglicana.

En cuanto al chelín y los cuatro peniques, eran lo que me quedaba de media corona que me habia dado mi padrino en la susodicha fiesta de mi cumpleaños... Mi padrino era un hombre que conocía sus deberes y los cumplía a toda conciencia.

Armado con aquel talisman y aquel tesoro, se me subió la sangre a la cabeza y tomé la resolucion de buscar fortuna.

« Cuando la haya encontrado, me decía, volveré a casa de mi padre en una carretela de cuatro caballos, y reclamaré la mano de mi novia. »

Lloré otro poco viendo en perspectiva semejante triunfo; pero muy luego sequé mis lágrimas, y salí del patio para comenzar la realización de mis planes.

Lo primero que pensé fué ir á ver los gigantes de Guildhall, pues me figuré que allí podría ocurrirme alguna aventura dichosa; y luego, si salía engañado en esta primera esperanza, iría al través de la cité como Ricardo Whittington, que salió de grumete y volvió de lord corregidor; finalmente, si todo esto me salía mal, apelaría al recurso de entrar en el ejército en calidad de tambor.

Pregunté pues por el camino de Guildhall, nombre que significaba para mí GOLD-HALL, el PALACIO DEL ORO. Ya tenía demasiada astucia para preguntar por los *Gigantes*, pues conocía que al hablar así hacia reír á la gente.

¡Qué anchas me parecieron las calles entonces que las recorria solo! ¡Qué altas las casas! En suma, ¡qué misterioso y qué grande me parecía todo!

Cuando me hallé en presencia de la barrera del Temple donde principia la Cité, pasé media hora contemplándola. Había yo leído en mi historia elemental que en otros tiempos exponían allí las cabezas de los traidores y de los rebeldes, y mi vista no podía apartarse de aquella puerta maldita, que suponía de una noble arquitectura y de una utilidad maravillosa.

Por fin atravesé la bóveda y me encontré delante del reló de San Dunstan, donde dan los cuartos de hora dos figuras de salvajes. Me detuve atónito. ¿Cómo cansarse de ver aquellos monstruos tan serviciales que iban y venían alternativamente cada quince minutos? Y además, ¿no tenía yo para los intervalos de sus apariciones una tienda de juguetes?

Al cabo de una hora me hallaba todavía en aquel lugar encantado.

Luego llegué á San Pablo.

¡San Pablo! ¿Cómo no contemplar al menos otra hora su magnífica media naranja y la cruz de oro que brilla en lo alto?

Mi viaje á los Gigantes vino á ser de este modo un viaje muy largo.

Al fin y al cabo me introduje en Guildhall y me vi en presencia de Gog y de Magog.

Facil es adivinar mi veneración por estas dos figuras colosales; Gog y Magog me parecieron de una fisonomía mas benevola y un aspecto mas agradable que lo que me había figurado; pero eran dos gigantes, dos verdaderos gigantes. Yo calculaba que sus pedestales debían tener unos cuarenta piés de altura, y me decía que serían alisimos á mi lado si bajasen á pasearse por las losas del vestibulo en donde estan de guardia.

Formábame yo de los dos gigantes la misma idea que se deben formar todos los niños. Sabía muy bien que no eran mas que imágenes, que no tenían ni la sangre ni la carne de los hombres bajo su reluciente armadura; pero sin embargo les prestaba tambien ciertos atributos de la vida, como por ejemplo, el sentimiento de mi presencia y la facultad de la vision para vigilar con la mirada todos mis movimientos. Sintíendome cansado, me refugié en el rincón donde está Magog, tanto para descansar como para librarme de su vigilancia; y allí me quedé dormido muy confiado.

Después de echar una buena siesta, me desperté sobresaltado pensando que oía rugir á los gigantes... pero no era mas que el ruido de la Cité. Nada nuevo ocurría en el lugar donde yo me había dormido, nada absolutamente, ni el menor germen de aventura. Así fué que sintiéndome con hambre, me dije que no haría mal ir á comprar alguna cosa para volver á comerla antes de salir en busca de la fortuna, á imitación de Whittington.

No me avergoncé al comprar un panecillo de un penique en una tahona; pero pasé y repasé muchas veces por delante de algunos bodegones sin atreverme á entrar en ninguno de ellos.

Por fin distinguí en una ventana un montón de salchichas fritas con este rótulo: «*Salchichas alemanas á un penique cada una.*»

Me envalentoné y entré á pedir una salchicha; me vendieron una, la metí en el bolsillo envuelta en el papel, y proseguí el camino de Guildhall.

Los gigantes continuaban en su puesto haciendo como que no veían, y yo me senté en otro rincón...

De repente asoma un perro alzando las orejas; era un perro negro, con una mancha blanca en un ojo y las patas sucias, que teniendo deseos de jugar, se pone á dar saltos delante de mí, se restrega el hocico sobre mi rodilla, en una palabra, me incita de todas maneras, sin tener miedo de parecer ridiculo y pesado.

Naturalmente este perro me trajo á la memoria Whittington y su gato:

—Ea, dije para mí, esto marcha á las mil maravillas.

Entonces me dirigí al perro y le hice algunas caricias, bien persuadido de que en lo sucesivo iba á ser mi perro para siempre, el compañero con quien iría yo en busca de la fortuna.

Bien puedo confesar ahora que una ó dos veces había echado a llorar desde que estaba perdido; pero lo cierto es que en aquel instante, enteramente consolado, saqué de mi bolsillo la salchicha y comencé mi comida mordiéndome un pedazo que arrojé al perro, que sin dejarle caer al suelo se le tragó como una pildora.

Mientras mascaba yo un segundo pedazo, él me miraba, esperando sin duda otro obsequio, y yo reflexionaba en el nombre que le pondría. «Buena-Suerte» me pareció un nombre expresivo.

(Se continuará.)

El contra-almirante La Guerre.

El contra-almirante francés Adolfo La Guerre, del cuadro de reserva, ha muerto en Lorient el 18 de agosto á la edad de sesenta y nueve años. Sus exequias se han celebrado en medio de un inmenso concurso, y M. Lafon de Ladeba, mayor general, pronunció sobre su tumba un corto elogio, del que tomamos los párrafos siguientes, donde constan los servicios del difunto:

«Nacido en 1792, el contra-almirante La Guerre tenía apenas diez y seis años cuando entró en la marina después de haber hecho sólidos estudios en el liceo de Pontivy, gracias á su hermano mayor que le cedió la plaza gratuita que en el colegio le habían concedido. Este generoso sacrificio fué noblemente recompensado: los dos hermanos han sido dignos uno de otro, y el cariño mas entrañable ha unido siempre á los miembros de su numerosa familia.

» Desde el principio de su carrera el contra-almirante La Guerre se distinguió por su intrepidez delante del peligro, tanto como por su ardor en instruirse. De 1809 á 1814 tomó parte en varios combates, particularmente delante de la isla de Groix, donde debía desplegar después las calidades de un verdadero marino.

» No tardó en ser conocido y apreciado por sus jefes y por sus compañeros como un marino consumado, como un oficial lleno de celo y lealtad. En la toma de Bougie mandaba á los marinos desembarcados, y gracias á su bizarría la marina pudo enorgullecerse de un brillante hecho de armas.

» Nombrado capitán de corbeta en 1835, M. La Guerre, después de haber sido segundo de la fragata *Iphigénie*, recibió el mando del brick *Alcibiade*.

» Esto fué para él una terrible y gloriosa prueba: el bloqueo de Méjico, la toma de San Juan de Ulua y de Veracruz, un naufragio en la isla de Groix, donde el buque y la tripulación se salvaron por la sangre fría y la habilidad del capitán, tales son los hechos principales de aquella campaña, que valió á M. La Guerre el grado de capitán de navío.

» En este nuevo empleo hizo los servicios mas señalados mandando durante mas de tres años la fragata-escuela de los artilleros, y mas tarde el navío *Jemmapes*.

» Elevado al grado de contra-almirante, M. La Guerre fué primeramente inspector general del material de artillería, y tomó después el mando de la division naval de la Indo-China. Á la cabeza de un puñado de hombres tomó la ciudad de Shang-hai á los rebeldes chinos, salvando así de una ruina inminente al comercio europeo y á las misiones católicas.»

El contra-almirante La Guerre era gran oficial de la Legion de Honor. P. P.

Un nuevo cometa.

Hace un mes que tenemos á la vista un nuevo cometa, y por consiguiente todos los telescopios astronómicos apuntan al nuevo astro que se adelanta hácia nosotros con una respetable lentitud, como si le lisonjeara el ser observado. Desgraciadamente, el aspecto del cielo no es propicio, al menos en Francia; las nubes se obstinan en contrariar el ardor de los sabios, y si no fuese por las noticias que nos llegan de países mas favorecidos y de cielos mas serenos, quizás habríamos pasado junto al cabelludo viajero sin poder hacerle los saludos de costumbre.

Sin embargo, dos ó tres veces se ha despejado el cielo nocturno, y los curiosos han podido quedar satisfechos. Nosotros nos contamos en este número, y vamos á exponer aquí la historia del cometa, creyendo que no estara de mas una dosis razonable de nociones precisas sobre fenómenos que desde hace algunos años producen cierta sensacion en el mundo por sus brillantes apariciones.

El cometa en cuestion ha sido visto en Europa por primera vez en Florencia el 22 de julio último, á eso de las once y media de la noche, ó sean las once en Paris. Los dos astrónomos á quienes pertenece el honor de este descubrimiento, son los señores Pacinotto y Carlo Toussaint, dos nombres poco conocidos aun, pero que lo serán y mucho para gloria de la Italia. El resplandor era muy ligero aun, y se necesitó un cristal de mucho aumento para distinguir el foco, acompañado de un débil rastro de cola, *ed una debole traccia di coda*.

Por la misma época, esto es, el 25 de julio, otro astrónomo italiano, el P. Rosa, descubrió el mismo cometa. Y van dos.

El P. Rosa le observó los dias siguientes. En el buscador (el buscador es un pequeño antejo agregado á un instrumento mas poderoso con el objeto de facilitar las investigaciones y la maniobra) le pareció al observador del colegio romano que el cometa tenía un centro redondo y condensado. No vió cola, y el brillo crecía de un dia á otro.

El 28 de julio en el cielo de Dinamarca, en el observatorio de Copenhague, M. Schjellerap envía un despacho á sus colegas diciendo que acaba de descubrir en las mismas regiones trasterrestres un cometa telescópico muy visible. No dió mas detalles. Ya tenemos tres.

Por fin, el 1º de agosto un astrónomo francés recientemente instalado en el Observatorio de Argel, M. Bulard, señaló en la constelación de la Girafa el nuevo cometa con una cola muy trasparente. Y van cuatro.

Hé aquí pues contando exactamente, cinco astrónomos europeos que por separado han tenido la honra de

descubrir un nuevo satélite de nuestro sol. ¿A quién concederán la palma? ¿Esta en los usos científicos que se dé al primero por orden de fecha? No; sino que para cortar toda discusion se dara á aquel cuya observacion haya sido la primera publicada por los diarios. Y de este modo el R. P. Rosa, que no vió el cometa hasta el 26, pretende triunfar de los observadores de Florencia que la distinguieron tres dias antes, el 23 de julio, pero cuyo despacho telegráfico recibió por desgracia una publicacion tardia en el diario de Florencia.

En cuanto á los señores Bulard y Schjellerap, quedan totalmente excluidos, sin que por eso se les niegue el mérito que les corresponde en el descubrimiento.

En esto se hallaba la disputa, cuando asoma un nuevo pretendiente, un yankee, uno de esos incansables obreros de la ciencia que parecen decididos á disputar á la Europa el premio de la actividad intelectual, después de haberla sorprendido con su actividad industrial y comercial (¡ojala no la igualen en furor guerrero y destructor!)

M. Tuttle (tal es su nombre) descubria el 18 de julio el nuevo cometa en el Observatorio de Harwar-College, en Cambridge (Estados Unidos), como dice una carta de M. Bond, el ilustre director de ese puesto astronómico.

Pero basta sobre la cuestion de primacia. Otorguemos la palma á M. Tuttle, y demos por zanjado el asunto.

La figura (*órbita y posicion del cometa*) presenta los lugares que ocupaba el cometa del 21 al 24 de agosto, y á su beneficio se puede juzgar el camino que recorre en su trayecto al través de las constelaciones boreales.

Segun las observaciones de los astrónomos de Florencia y de Argel, y diga lo que quiera el P. Rosa, el cometa está provisto de una cola, y aun podemos pronosticar sin temor de engañarnos, que ese apéndice irá creciendo en dimension y brillo, por una doble razon: el cometa se va acercando al sol, lo que aumenta su brillo intrínseco, y además se acerca á nosotros, lo que acrecienta el ángulo bajo el cual vemos la cola. Luego diremos cómo explican los sabios la formacion de ese penacho vaporoso con que se engalana el astro cuando viene á rendir homenaje al monarca de nuestro sistema planetario.

Ahora pasaremos revista á varias de las cuestiones que suscita la aparicion de un astro de este género.

Ante todo, ¿ha sido ya observado este cometa? Hé aqui una pregunta de difícil contestacion. El aspecto, la forma, el brillo de esas masas vaporosas, varian tanto que no se puede uno fiar de las similitudes ni las semejanzas; y además, ¿poseemos dibujos exactos de los cometas anteriores? No; hace poco tiempo que está á la órden del dia de los observatorios la precision de las observaciones sobre este punto delicado.

La solucion no es posible, sino á la condicion de conocer el trayecto del cometa, la naturaleza, quiero decir, la forma y magnitud de la curva que describe el astro en torno del sol. ¿Qué se necesita para determinar esta órbita? Lo que llaman elementos parabólicos del cometa, que son: la época del paso por el punto mas próximo al sol, es decir, al perihelio; luego, la longitud de este perihelio, esto es, la distancia angular de esta posicion con la del equinoccio de la primavera, medida sobre el plano mismo donde se mueve la tierra; en tercer lugar, la posicion del punto donde el cometa atraviesa ese plano en su trayecto ascendente; luego la inclinacion por la cual corta ese plano, y finalmente, la distancia minimum del cometa al sol, comparada con la distancia de la tierra al mismo astro. Uniendo á estos puntos, que los astrónomos deducen de tres posiciones sucesivamente observadas á intervalos suficientemente distantes, el sentido directo ó retrógrado del movimiento, quedan completos los elementos del cometa, con lo cual se puede comprender su identidad ó semejanza con los elementos de los cometas conocidos.

Aplicando esta regla al segundo cometa de 1862 (había olvidado decir que hace poco mas de mes y medio habíamos recibido ya la visita de uno de esos mensajeros de los espacios celestes, que desapareció con rapidéz), se encuentra que tiene cierta analogia con el cometa de 770. Si la identidad aparente es positiva, el periodo de revolucion es de 1,100 años, de manera que no se volverá á ver ese cometa sino el año 2934!

Se ha sacado á relucir el cometa de 1811. Segun el *Cosmos*, el P. Rosa es quien ha calculado los elementos del cometa de manera que dan lugar á esa suposicion. El error es evidente, y no hay necesidad de refutarle. Se escribió 1811 por 770!

De todo lo dicho se desprende que es ridiculo acusar á los astrónomos porque no predicen la llegada de los cometas. A cada instante aparecen astros de ese género por primera vez, y solo se puede pronosticar la vuelta de los cometas cuya periodicidad ha sido reconocida y calculada. Hasta ahora no se cuentan mas que seis, cuyo periodo bastante corto ha permitido volverlos á ver. La verdadera ciencia de observacion es muy moderna todavía.

A esto hay que añadir que su masa es muy débil cuando se compara con las masas de los cuerpos que componen nuestro sistema planetario, de donde resultan perturbaciones considerables en su marcha cuando se aproximan á algunos de esos cuerpos; y estas perturbaciones suelen bastar para modificar completamente la órbita primitiva.

En la mayor parte la órbita se muestra tan dilatada, que no puede distinguirse de una curva de ramas infinitas, llamada parabola; después de haberse mostrado á nuestra vista en las orillas de nuestro cielo, van á sumergirse en las profundidades del éter á inmensas distancias de nuestro mundo.

Un punto curioso y que está en estudio, es la constitucion física de esos cuerpos. ¿Son completamente gaseosos, ó gaseosos en parte y en parte sólidos y líquidos? ¿Tienen una luz propia, ó bien la toman del sol, como los planetas? ¿Cuál es su estado térmico? ¿Cuál es la causa de la formacion de la cola y de esas agujetas luminosas que sucesivamente se destacan de la nebulosidad cuando está próxima al sol, y cuyo vapor, rechazado por una accion repulsiva de este astro parece, al opuesto, que va á formar la cola?

Cuestiones pendientes todavía en su mayor parte, que no pueden ser tratadas ligeramente, y cuyas soluciones tienen hoy ocupadas las inteligencias de nuestros astrónomos, físicos y matemáticos.

Hé aquí, según un celoso observador, M. Chacornac, algunas particularidades físicas cuyo estudio podrá servir para dilucidar esos puntos difíciles, y que además ofrecen ya por sí un alto interés.

En la noche del 9 al 10 de agosto el cometa apareció acompañado de una agujeta luminosa vuelta hácia el sol y mucho mas brillante que el resto de la nebulosidad; en poco tiempo esta agujeta se abrió en abanico, y una de sus ramas, la oriental, se hizo cada vez mas extensa y brillante, en tanto que la otra perdía en largo y en brillo.

M. Chacornac compara la formacion de esa



El contra-almirante La Guerre.

agujeta ó sector con la abertura de la corola de un convolvulus.

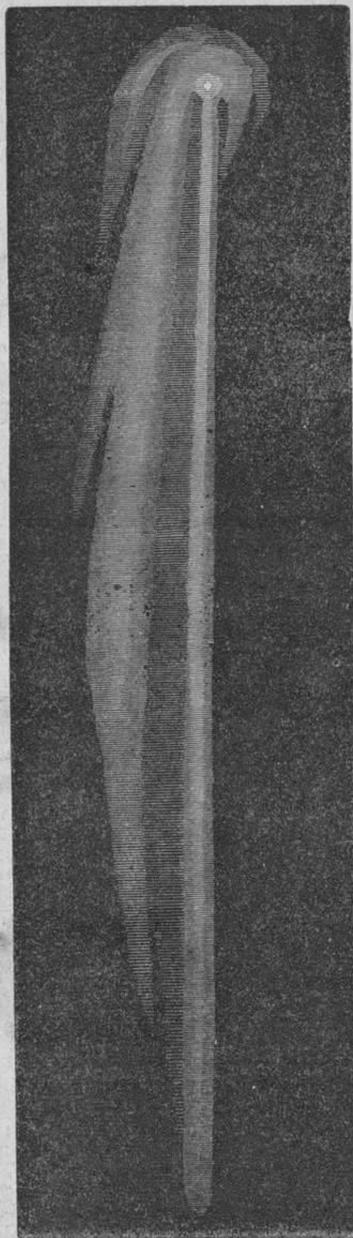
Trece agujetas semejantes se desprendieron en los dias siguientes, del 9 al 26, se desarrollaron y fueron desapareciendo. ¿Cómo se forman esas agujetas? En el momento en que el sector luminoso comienza á aparecer, el núcleo tiene la forma de un óvalo alargado hácia el sol, y el extremo vuelto hácia ese astro se termina por una especie de borla que le da el aspecto de una antorcha encendida, como dice M. Chacornac. Un rayo largo, especie de surtidor vaporoso, se escapa entonces hácia el sol durante cierto tiempo, rectilíneo, y luego se inclina bajo la forma de un cono ligeramente entrado, desviándose un poco de la direccion precisa de ese astro. La nebulosidad envuelve el núcleo y las agujetas, y por los lados se escapan las partículas vaporosas que van á formar la cola.

A medida que los contornos del rayo y del sector se van desvaneciendo, el rayo se inclina mas y mas sobre el eje de la cola y al opuesto del movimiento del cometa.

La agujeta al ensancharse poco á poco se pone difusa y nebulosa hasta que se confunde, digámoslo así, con la misma nebulosidad. Entonces el núcleo que habia venido á ser un centro luminoso muy distinto, se vuelve á poner ovalado para engendrar una nueva agujeta, por la emision de un nuevo surtidor luminoso en una direccion inclinada al Este de la primera.



Apariencia de las partes mas brillantes de la cabeza del cometa el 23 de agosto á la una de la madrugada.



Vista general del cometa.



Apariencia de las partes mas luminosas del cometa vistas en el gran telescopio de M. Foucault, el 23 de agosto á las nueve de la noche.



Aspecto de la cabeza del cometa el mismo día á las nueve de la noche.



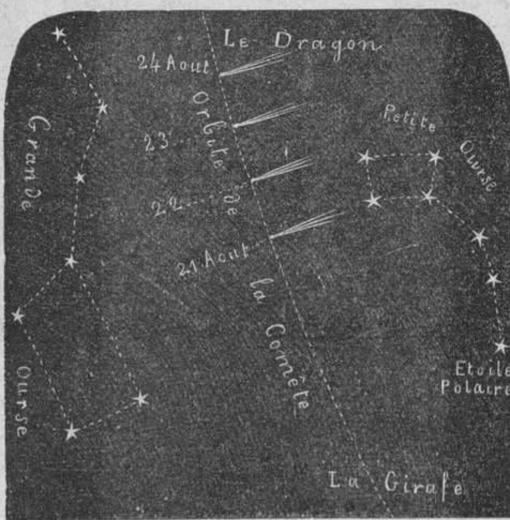
Aspecto del cometa el 21 de agosto á las nueve de la noche, época de su paso al perihelio.

Las dimensiones de estas expansiones luminosas son considerables; el 17 de agosto el rayo de la agujeta luminosa formada entonces se extendía mas allá del núcleo a una distancia de 51,000 kilómetros, cerca 13,000 leguas. Es cuatro veces el diámetro de la tierra.

El cometa que se hallaba entonces á unos 88 millones de kilómetros, debe marchar acercándose á la tierra hasta los últimos dias del mes, y su brillo será entonces once veces mas considerable que el que arrojaba el 31 de julio. Ya en esta última época se hallaba visible a la simple vista con la apariencia de una estrella de cuarto tamaño.

Hemos estudiado todos los detalles de estas curiosas trasformaciones en los dibujos ejecutados por M. Chacornac, que tenemos el gusto de ofrecer en esta página á nuestros lectores.

¿Cuál es la causa, ó mas bien cuáles son las causas de los fenómenos tan varios y en apariencia tan singulares que nos presentan los cometas? Varias teorías se han dado á luz: en el día la hipótesis en boga es la que combina la mutua atraccion de los astros, la gravitacion, con una fuerza repulsiva de que estaria dotada la



Orbita y diferentes posiciones del cometa.

superficie incandescente del sol. La formacion de las agujetas luminosas y de las colas se explica así con una probabilidad que varios sabios tienen por certeza.

A. G.

España en Lóndres.

(Continuacion.)

CARTA UNDECIMA.

Hablemos hoy un poquito de música.

La música, recientemente introducida y como por caridad en el número de las bellas artes, cuando si no es la primera de todas, es la mas agradable al alma y al cuerpo de consuno, bien merece un capítulo por sí sola en esta breve revista que á los conocimientos humanos venimos pasando con motivo de su exposicion universal en el palacio de Kensington.



Las vacaciones. — (Véase la Revista de Paris.)

Hace algun tiempo que se disputan el mejor cultivo de la música diferentes naciones, ó mas bien diferente número de localidades. Italia pretende ser, no solo la cuna, sino el legitimo asiento del arte y progreso musical. Alemania tiene analogas pretensiones, aunque para sustentarse apela al desden de la música italiana, lo cual no es sino el pobre recurso de quien teniendo delante un poderoso y casi inexpugnable enemigo prefiere injuriarle en vez de combatirlo. Francia, que se ha dado á sí propia, y tal vez no sin mucho de justicia, el nombre de centro de la civilizacion del mundo, quiere tambien monopolizar el culto de la música, propasándose hasta creer en un arte propio, que no excluye, sin embargo, los aclamados en el resto de Europa. Bélgica y Holanda, Suiza y Escocia, por su afinidad las unas con los pueblos musicales del Norte, por su indole especialísima las otras como países privilegiados por la armónica naturaleza, pretenden asimismo cultivar el divino arte con pureza superior á las otras naciones, ya que no contribuir en primera línea á su produccion y acrecentamiento. Es imposible pues hablar de música en la mesa redonda de un hotel extranjero sin que se levanten por lo menos diez voces reclamando para diez países distintos la palma de la victoria musical.

Solo Inglaterra se separa voluntariamente de esta lid, porque no tiene titulos con que aspirar á laureo que todo el empeño de los hombres no basta á establecer cuando se carece de base en que fundarlo; y á pesar de ello, Inglaterra es quizá el país desde donde mejor puede hablarse de música, porque á mas de su extraordinaria y universal afición al arte, reúne los elementos necesarios para que dentro de Lóndres se ejecuten en una misma semana el *Don Juan*, de Mozart, por Mario; el *Guillermo*, de Rossini, por Tamberlick; el *Owéron*, de Webber, por Penco; la *Sonnambula*, de Bellini, por Gardoni; y el *Fidelio*, de Bethoven; y el *Roberto*, de Meyerbeer; y la *Martha*, de Flottow; y el *Hijo pródigo*, de Auber; y el *Trovador*, de Verdi, por cuantos artistas renombrados hay; sin perjuicio de que para aficiones distintas que las dramáticas haya, no uno, sino muchos locales en que se canten las melodias religiosas de Cherubini, ó los conciertos sacros de Handel, ó las lecciones instrumentales de Mendelssohn, ó simplemente sonatas y corales, ya de las montañas del Norte, ya de los valles del Mediodía, bien por solistas de los mas célebres de Europa, bien por enormes masas de ejecutantes, como en ningun otro punto pudieran reunirse. Lóndres es sin duda alguna la patria adoptiva de la música, no á la manera que lo es del té de China, y del azúcar de América y de la cochinilla de la India, en razon á los inmensos diques de su Tamesis, sino porque á la incomparable riqueza de los propietarios de esos diques unen estos una afición tan señalada, un gusto tan ejemplar por el arte de la música, que bien puede decirse que la convierten en una parte del alimento diario que sustituye á los resplandores de un sol que ven á duras penas, ó al oxígeno que les roba de la atmósfera el humo de la industria.

No es, por consiguiente, Lóndres un mal punto para hablar de música, ni el eclecticismo musical de los ingleses el peor termómetro para regular los movimientos del arte; pues tanto mas imparciales pueden ser los juicios, segun que se emitan con mayor número de datos y sin la presión tiránica de escuelas exclusivistas. Pero antes de decir cómo se toca y se canta la música de Inglaterra, nos parece conveniente manifestar cómo oyen la música los ingleses, por si nuestras pobres palabras y el ejemplo de un tan culto país influyen algo en la manera poco armónica con que escuchamos la música los españoles. El público nos perdonará ciertas francas libertades.

En primer lugar, la música para los ingleses es una cosa seria. Los espectáculos y reuniones de que ella forma la principal parte, mas que sitios á donde se va á ver y ser vistos, son lugares á donde se va á oír y no ser oídos. La urbanidad, de que con justicia se enorgullece el pueblo inglés, no se observa nunca tanto como en los salones ó teatros de música. Todos los que van á la fiesta tienen cuidado de estar presentes en sus puestos antes del principio; por manera que cuando el director de orquesta aparece en la sala y toca el timbre, ya quedan poquitos sombreros en las cabezas de los hombres (á las señoras no se les permite sombrero en ningun espectáculo donde puede haber detras otra cabeza á quien incomoden) y poquitas figuras que turben el aspecto ordenado de la reunion.

La sinfonia, la obertura, los primeros acordes de la pieza primera, se oyen tan clara y distintamente por todos, como el pasaje mas renombrado del centro ó las mas vulgares y ruidosas notas del final. Si alguien se ha retrasado en la hora, lejos de hacer alarde de su atraso, como quien tiene en poco la fiesta á que concurren los restantes, entra de puntillas en el salon y haciendo los menores visajes posibles, para no distraer el animo de los demás, siempre respetable. Las miradas de inteligencia y los tiros de gemelos se guardan ordinariamente para los entreactos: no se tose, no se escupe, no se habla, no se canta; no se hace, en fin, nada de lo que no debe hacerse en la sociedad privada de una visita de etiqueta, porque aquello es ciertamente una visita de mas etiqueta que ninguna. Y tanto la consideran así, que por eso las señoras se presentan vestidas de baile y los caballeros de frac y corbata blanca, con lo que dan un tono á la reunion que por si solo retrae al gran número de extranjeros, siempre presentes, de cometer esas pequeñas inconveniencias á que italianos, españoles y hasta franceses suelen estar acostumbrados.

El que tiene verdadera afición á la música; el que ve en ella una sucesion de letras, sílabas y palabras que componen frases dirigidas al alma, y sin cuya absoluta y detallada percepcion los conceptos se oscurecen, las ideas se rompen y los discursos quedan ininteligibles, debe estar muy satisfecho en un concierto inglés, ó en donde se toque y se cante la música á la inglesa. Porque esa mezcla absurda de teatro y de casino; ese querer combinar las percepciones del oído con el desate de la lengua; ese movimiento constante, ese aplaudir inoportuno, ese disputar sobre lo que está sonando, ese haber oído otras veces, pero nunca oír ahora, de nuestros teatros y conciertos en general, eso no es música para quien la sabe sentir, no es música para quien la quiere escuchar; eso á lo sumo es una moneda falsa muy bien hecha, que á falta de dinero legitimo suele correr en los mercados donde hay muchos cortos de vista.

La música ó no es nada, ó es una cosa que embarga las potencias, en términos de no dejar espacio á sensaciones diferentes de las que ella misma produce por medio de esos resortes misteriosos que se llaman sonidos armónicos. Cuando dentro de la mente del espectador hay lugar para otras emociones diversas, ó para discurrir sobre asuntos ajenos á la apacible conversacion de las notas sonoras, entonces la música es, como dicen que decía un rey estúpido, el ruido menos desagradable que han inventado los hombres. Es necesario pues que se acabe la moda de no escuchar la música con religiosa atencion; y por el contrario, que se establezca como costumbre elegante y de buen tono el comprender sus divinos conceptos, aun cuando real y verdaderamente no se entiendan. Los ingleses llevan hasta tal punto su exageracion en esta teoria, que muchos, y sobre todo muchas señoras que no comprenden el valor de los signos musicales, se pasan la noche del teatro ó del concierto con la *partitura* delante de los ojos y llevando el compás sobre el libro, con una atencion semejante á la de aquel que se ponía las gafas para leer lo que no habia aprendido en la escuela.

Entre ambas ridiculeces, por ignorancia la una, por exceso de afición la otra, nosotros preferimos esta, que á lo menos revela un culto hácia lo maravilloso, siempre preferible al desden del soberbio ó del mal educado. Si, hemos escrito la palabra y no queremos retirarla ya: hacer gala de no comprender la música, es hacer gala de la falta de un perfil de buena educacion. Si los hombres piensan en esto, no habria muchos y muy graves y muy instruidos, que tuviesen como á excentricidad de alta trascendencia el desconocer los goces del arte; tanto mas, cuanto que para conocerlos no se necesita estudiar la música ni producir sonidos en un instrumento.

La música, que no es mas que la reglamentacion humana, digámoslo así, de los sonidos matrices de la naturaleza, puede y debe comprenderse por cuantos sientan algo con el ruido de las hojas del bosque, con el murmullo de la fuente, con el silbar del viento, con el gorjeo de las aves, con el bramido de las olas, con el imponente concierto de la tempestad. No hay nada en la música, reservado para la suprema ciencia, que no esté al alcance del aficionado ni docto, para cuanto tiene relacion con los goces del alma, y hasta casi podríamos decir de la materia. Porque la música, al impregnar de un placentero bien la imaginacion, al destruir todas las nubes que ofuscan el entendimiento humano en las horas amargas de la vida, concede tambien al cuerpo placido reposo que templá las excitaciones materiales, no de otra manera que si á la vez de agente moral, fuese un bálsamo tangible que derramara la salud por los órganos enfermos.

Y ¡son tan escasos en la vida del hombre los recursos que producen tanta dicha! ¡Es tan breve el repertorio de goces saludables y legitimos, que bien merece la pena de que nos eduquemos para disfrutarlos, cuando la sola educacion de la costumbre obra el milagro de la comprensibilidad! ¿Qué daría el hombre por saber leer si llegase á la edad del raciocinio y de la percepcion del mundo civilizado, sin poder traducir á su entendimiento las ideas de los libros? Pues todo lo que diere por leer, y mucho menos, pues para comprender la música no se necesita, como hemos dicho, estudiar sus letras, todo debe darlo por ese goce, menos trascendental ciertamente, pero mas agradable que la lectura.

En Inglaterra el goce de la música está al alcance de la generalidad. No solo las clases elevadas, sino hasta las humildes gustan de la música, con una afición que en ocasiones podría llamarse exceso: en todos los espectáculos de cualquier especie, en casa, en la calle, en el templo, la música se deja oír preferentemente, atrayendo el concurso, el dinero y los aplausos de la multitud. Pero la parte escogida y por lo regular opulenta de la sociedad, es quien, á mas de goce, parece como que se hace un deber del cultivo de la música.

Sin contar los dos grandes teatros de ópera italiana que reunen en Lóndres durante la estacion del verano los mejores cantantes de Europa en la totalidad de su número: aparte tambien, de los teatros en que se representa la ópera inglesa y los en que se canta el *vaudeville* francés; no contando asimismo con los innumerables cafés cantantes que en salones y jardines ejecutan diariamente todos los géneros de música ligera; prescindiendo de los conciertos particulares que son la distraccion favorita y casi exclusiva de la sociedad; desentendiéndose de la muchedumbre de instrumentistas, buenos algunos, que pululan por las calles con beneplácito de los transeuntes y de las bandas militares que á

expensas de la autoridad tocan en los parques y sitios públicos; todavia hay en Lóndres muestras mas evidentes de la afición y buen gusto por la música, en otros lugares destinados ex-profeso á hacerla ejecutar en su mas simple expresion, ó sea sin género alguno de espectáculo.

No es solo Lóndres el pueblo donde esto sucede: Paris da muchos y buenos ejemplos de su afición; en Bruselas tambien abundan los lucidos conciertos; las cortes de Alemania (desde donde prometemos ahora escribir una coleccion de cartas si algun dia las visitamos con detencion) son en este punto modelo de entusiasmo por el mas esplendoroso cultivo del arte musical; pero lo que ni en Alemania, ni en Bélgica, ni en Francia sucede, es que todos los dias del año se abran por lo menos cuatro salones, capaces cada uno para dos mil personas, y alguno para muchas mas, donde se toque y se cante música clásica, música religiosa y orígenes sabios de la música, siempre con concurso extraordinario, siempre con atencion suma, siempre con juicio recto, y no ciertamente de balde, pues que se exigen en las puertas una porcion de pesetas por la entrada. Condiciones de localidad, condiciones de abundancia, condiciones numéricas de poblacion producen sin duda estos efectos; pero ello es que los efectos existen, y por eso decimos que no hay capital en el mundo capaz de ofrecer espectáculos semejantes.

Conviene advertir que no son profesores músicos los que asisten á estas fiestas, ni tampoco un considerable número de extranjeros: la mayor parte de las personas que pueblan diariamente los grandes salones de San James, de Exeter y otros, son ingleses de Lóndres que despues de haberse ocupado todo el dia de sus asuntos particulares, vienen por la noche á descansar en medio de una sociedad culta, y á los armoniosos acordes de una orquesta y unas voces poco numerosas, pero escogidas y brillantes.

Los salones de música clásica son por lo general una gran nave cuadrilonga, á cuyo extremo inferior se eleva una tribuna que, en forma de graderia semicircular, ofrece colocacion á instrumentistas y cantantes. El público está colocado en el patio, de la misma manera que en los teatros, y á excepcion de una galeria superior que rodea la sala, todos los asistentes ven y oyen con parecida comodidad, á pesar de que los precios de los asientos varian en las funciones ordinarias de 50 hasta 5 reales: enorme desproporcion que solo se concibe en Inglaterra, donde la diferencia de clases, nunca ni por ningun concepto alterada, impide que cada cual ocupe puesto distinto que por su gerarquía ó riquezas cree corresponderle. Puede asegurarse que ningun inglés tomara asiento de 5 reales si juzga que su posición exige uno de 50.

Los músicos y cantantes asisten á estas funciones vestidos de serio; y en cuanto á los concurrentes, las señoras llevan traje de sociedad con adornos caprichosos en la cabeza y ramitos de flores frescas en la mano, y los caballeros visten de frac y corbata blanca (como sean ingleses de pura sangre): llevan una bandolera al pecho, de la cual pende la enorme caja de unos grandes gemelos, y tienen delante de sí el programa de la función, el libreto explicativo de las piezas ó la partitura misma, que se vende abreviada para solas de aficionados y guía de profesores. Un inglés gasta, por consiguiente, en su rato de música, el precio de entrada, el del coche que necesariamente ha de traerlo y llevarlo, el de las flores frescas de la señora, el del libreto ó partitura y el de los sorbetes que se toman en el asiento mismo durante la función, lo cual duplica por lo menos el primitivo gasto, siendo de advertir que en las fiestas extraordinarias, frecuentísimas por cierto, es doble y á veces triple la tarifa de los sillones.

Y hacemos notar de paso esta circunstancia, porque necesitamos ir acostumbrando al lector para que crea en su dia todo lo que le digamos acerca de la inconcebible opulencia en que vive el pueblo inglés.

Los conciertos se ejecutan ordinariamente por una orquesta poco numerosa, pero de instrumentistas escogidos, y un coro de voces escogidas tambien, que sirven de acompañamiento á los solistas, así vocales como instrumentales, mas celebrados del mundo. Las empresas de estos conciertos no tienen compañía de planta, digámoslo así, sino que buscan las notabilidades donde quiera que existen y les dan fabulosos estipendios por dejarse oír la noche ó noches que los necesitan. Así sucede que la variedad constituye el primer aliciente de estos espectáculos, donde se tiene por seguro que al cabo de poco tiempo se habrán oído todas las notabilidades musicales en las mejores piezas que acostumbran á tocar ó cantar. No importa que se hallen á grandes distancias, ni que estén escrituradas en los mismos teatros de Lóndres, ni aun que se hayan retirado de la escena, pues la mágica varilla de los opulentos empresarios les hace atravesar los mares ó abandonar momentáneamente las compañías ó dejar el retiro de la vida privada.

Hemos podido oír en una misma semana, sin salir de uno de estos locales, á damas como Penco, Patti, Fitjeus, Battu, Miolan, Trevelli, Didiée y hasta Jenny Lind, el célebre ruseñor que ha cambiado la escena por un palacio y dedica sus asombrosos derechos de artista á obras de caridad. En cuanto á hombres, Mario, Tamberlick, Vialletti, Tagliafico, Grazziani, Gardoni, Formes, Giraltoni, Ginglini, Zelguer y cuantos poseen el raro privilegio de conmovér ó entusiasmar al público, todos concurren, con excelentes cantantes ingleses, á la mayor variedad y atractivo de los conciertos; en medio de los cuales instrumentistas consumados,

á la altura de Talgber por ejemplo, amenizan el espectáculo con las maravillas de su ejecución particular.

No extraño, en vista de esto, que los billetes para las funciones extraordinarias cuesten una guinea (100 rs. próximamente), y que no se puedan adquirir ni aun pagando á veces escandalosas primas á los comerciantes. Porque es de advertir (y sirva esto de aviso á los que se quejan de nuestros revendedores) que en los teatros y salones-conciertos de Londres se venden poquitos billetes, pues con grande anticipación se apoderan de ellos los comerciantes de música, quienes les ponen el precio que les agrada, no siendo nunca menor la subida de diez reales por asiento, y elevándola comunmente á la mitad y al duplo de su valor.

Con una orquesta como la que hemos manifestado, con un coro á quien se educa para la buena música exclusivamente, con solistas como los dichos, y con público semejante al que tanto y con tanta presteza paga, bien puede ejecutarse con el primor y buen gusto con que se ejecuta, esa música clásica, llamada sabia por algunos, para excusarse de entenderla, fría y soñolienta para otros, porque no quieren educar el oído á su sencillísima comprensión; pero música que en nuestro sentir es la creación humana que mas acerca al hombre á la divinidad, el paso mayor que desde la tierra ha dado el entendimiento del hombre hacia el cielo. Cimarosa, Stradella, Gluk, Haydn, Monteverde, Spohr, y esa docena de hombres mas que han hecho de la música un arte superior á la poesía, pues que sus notas pertenecen á la lengua universal humana; un arte superior á la pintura, pues que á la vez de maravilla para el espíritu sirve de lenitivo á la materia; un arte superior á todas las otras, pues ninguna puede adquirirse á menos coste; esos maestros, decimos, surten con su vasto repertorio estos conciertos de que hablamos, en los cuales la vida es bella, la sociabilidad se hace encantadora, se embotan los pesares del mundo, y hasta parece que se respira una ancha atmósfera de oxígeno moral que anima á las grandes empresas, á la conquistista de la gloria, al logro supremo del renombre histórico.

Si; la música, no solo á las fieras domestica, como en tan malos versos, pero con tan buen sentido, dijo el gran poeta Zorrilla,

Y en nuestro corazon, de las pasiones
Los salvajes instintos dulcifica,

sino que á los que no tienen alma feroz ni instintos salvajes que dulcificar les conduce á un orden de ideas, á una sucesión de pensamientos nobles y elevados que ningún otro agente de la tierra posee la facultad de producir. No en balde el poema heroico se recitaba al son de la música, y no en balde nuestros guerreros van con música á la pelea, y con música se conmemoran los grandes hechos de la historia, y la música constituye el principal resorte de los regocijos públicos y por medio de la música se ruega á Dios. Pero la música, como todas las bellas artes, tiene un sublime, y este sublime, como en todas las bellas artes sucede tambien, es el que obra los milagros de imaginación á que aludimos, es el que puede domesticar las fieras, es el que puede dulcificar los instintos salvajes, es por consiguiente, el que se debe perseguir y conquistar. El pueblo que cultiva con gusto la música sublime tiene un gran argumento que exponer en favor de su cultura, así como lo tiene el jóven estudioso que lee con delicia y preferente atención las historias de Herodoto, de Tacito y de Jenofonte. El pueblo, en cambio, que desdeña esta música, ó no procura comprenderla, ó se resiste á ensancharla, sobre estar atrasado en el camino de su ilustración, se parecería al jóven que arrojase las historias de Jenofonte y de Tacito y de Herodoto por leer las historias de Alejandro Dumas.

Entre nosotros, la música, que ha estado olvidada mucho tiempo, principia á renacer como verdadero fénix de sus propias cenizas; porque España ha sido patria de músicos sublimes que en varios géneros, y principalmente en el religioso y sagrado, elevaron el arte á una altura de que se conservan tan numerosas como inapreciables memorias en los archivos de nuestras catedrales. Gracias á los recientes esfuerzos de un ilustrado y antiguo maestro, el de la real capilla de S. M., estos tesoros principian á difundirse; pero para estudio y encanto de profesores, no para uso ordinario, como debiera ser, de orquestas y capillas particulares. Apenas hay ramo mas desatendido en España que el de la música religiosa, y triste es confesarlo, si la piedad y el fervor católico no estuvieran tan arraigados en el corazon de nuestros compatriotas, la música que se toca y canta en nuestras iglesias bastaria para alejar la devoción de los fieles ó apartar su entendimiento de las nobles ideas á que se le debe elevar en la casa de Dios.

Con leves, aunque honrosas excepciones, la música sagrada, que constituye el principal elemento de la forma exterior del culto, es en nuestras iglesias una *charrangueria* extravagante y profana, que ni aun el mérito tiene de la maldad. Encomendadas las capillas á gente indocta, que cree tener por oficio el regocijar á los fieles, arreglan y componen con trozos robados de malas óperas, y á veces de cantares de torpe origen, unos engendros de trompetería y voces desafortunadas que convierten el templo, no en un teatro, lo cual seria pasable si el teatro era bueno, sino en lugar á que por respeto á la materia no queremos compararlo. Y ¡ejerce tal influencia en el ánimo de la multitud esa música bastarda, que casi nos atrevemos á hacer consistir en ella la falta de compostura con que una parte de nuestro pueblo

asiste á las ceremonias religiosas! Porque convida ciertamente á vestir trajes profanos, y á tomar posturas indolentes, y á hacer ruido con la palabra ó con los piés, y distraer la vista con curiosa impertinencia, esc alegre y estrepitoso canturrear que nos recuerda, en vez de los misterios de la religion que imponen, las escenas divertidas de los espectáculos que recrean.

Si en el templo español se cantase y tocase como en el templo inglés, donde una capilla de voces, poco numerosa, pero hábilmente escogida, compuesta por mitad de hombres y niños, y acompañada del órgano ó á lo mas de instrumentos de cuerda, ejecuta las obras místicas de los grandes maestros, con solemne y estudiada corrección, sin el amaneramiento del oficio, y reproduciendo solo las notas sabias con todos los perfiles de la sabiduría; el pueblo español, que es mas ideal aun y mas creyente que el pueblo inglés, observaría la admirable compostura y recogimiento que este presenta á la vista del observador atónito que frecuenta las iglesias de Londres.

Nosotros hemos asistido á un oficio de la abadia de Westminster, que es protestante, y á varios de la de los jesuitas de la calle de Farm, que es católica, y en ambas hemos admirado la influencia de la música en el culto, como ya diferentes veces nos la habia hecho admirar en Madrid el sabio maestro Eslava en sus fiestas de la Capilla real y mas aun en los aniversarios de la muerte de Cervantes. Cuando en la iglesia de los jesuitas que hemos nombrado, y que observa los ritos con primitiva pureza, sin las libertades y corruptelas introducidas en otras partes, se acerca durante el sacrificio el supremo instante de la consagración; cuando el templo se llena de luces y el altar de asistentes, y el pueblo se arrodilla y se prosterna, y el silencio absoluto de la multitud deja percibir claramente los chasquidos de las cadenas de plata de los incensarios; cuando el aroma de la mirra que arde se difunde por la nave de la iglesia, confundiendo con el otro aroma sonoro que desde la tribuna invisible de los cantores exhala estos á media voz, traduciendo una melodía de Cherubini ó de Mozart, acompañada de los registros dulces del órgano que deja abiertos los *contras* subterráneos; cuando a la primera genuflexion del sacerdote inspirado crujen las campanillas de los acólitos y el pueblo se golpea de pechos, y la sonora campana de la torre tañe con acompasados sonos, avisando, gracias á la reciente condescendencia del pueblo inglés, que debajo de aquellas bóvedas celebran los católicos el terrible misterio; cuando la expresión material de todo esto se ha confiado á la armonía como el medio mas á propósito de hacer llegar á nuestra ruda inteligencia las vibraciones sagradas del cielo, entonces hemos comprendido nosotros la solemne, la trascendental influencia del versículo que dice: *Laudate Deum in cimbalo et choro, laudate Deum in cordis et organo.*

Y si pues debe hablarse á Dios con las voces de las campanas y del coro, y con los sonidos de las cuerdas y del órgano; ¿habremos de confiar la composición del divino diccionario y las reglas de esa celestial gramática á osados ganapanes que apenas saben leer y escribir el idioma vulgar de las multitudes?

Así todas las cosas pudieran arreglarse como esta. Una simple orden del ministro de Gracia y Justicia y la ilustración de los prelados bastarian para regularizar el servicio de la música sagrada en veinte y cuatro horas. Porque como la Iglesia tiene disciplina, y no es libre pensadora, y nada de lo que existe en ella pertenece al orden de la industria, un poquito de tiranía en este punto tal vez no hallase oposición ni aun entre los modernos economistas, que nos harian el favor de perdonarnos el cereen de la libertad de los comerciantes de notas.

Pero volvamos á la música profana. Tambien sobre esta se ha despertado grandemente la afición del pueblo español, habiendo comarcas, como la privilegiada Cataluña, en que constituye una base de la educación popular. La conocida inteligencia de los catalanes y su loable afición por la música, así como los esfuerzos que en estos últimos años hacen para difundirla entre la masa de sus trabajadores, es garantía suficiente de que sin excitaciones ajenas y siguiendo los impulsos dados, lleguen antes de mucho á tocar las ventajas de la educación filarmónica. Ya hoy puede decirse de ellos que su progresiva cultura se refleja en su progresiva afición musical.

En Madrid así mismo, aun cuando no hay sociedades orfeónicas, ni abundan los conciertos populares, ni aun siquiera se obliga á las bandas de la milicia á que toquen en los jardines y paseos un par de veces por semana, como sucede en todas las capitales de Europa, en Madrid, sin embargo, existe una gran afición entre las clases elevadas, que puede llegar pronto á trascender al pueblo. No faltan en Madrid, ni entusiasmo, ni buen juicio, ni dinero para emplearlos en música; lo que falta un poquito (los interesados nos perdonen) es inteligencia, erudición musical. Dos jóvenes profesores á quienes nunca encomiaremos bastante, los maestros Barbieri y Gaztambide, tienen la gloria de haber dado los primeros pasos en la regeneración filarmónica de la corte de España. A ellos se debe el que la música de salon, reducida antes á los estrechos limites de cuatro gabinetes, donde los aficionados la oíamos ejecutada por inteligencias superiores (á alguna de las cuales le enviamos en estas líneas la expresión de nuestro reconocimiento), á ellos se debe el que haya principiado á salir al público de una manera brillante, que casi envidiaran pueblos muy adelantados en el arte de hacerla. Y el público da pruebas de que quiere costear sus gran-

des gastos, y de que quiere aclimatar su cultivo, por lo cual ya es tiempo de que la industria abra sus brazos á la idea, y construya un salon á propósito para conciertos, donde la costumbre de oír, unida al buen juicio para juzgar, traera pronto la inteligencia y erudición que faltan á los que nunca tuvieron ni ocasión ni pretexto para adquirirla.

Tal vez habrá quien crea al vernos dedicar tan largo capítulo y tenaz resistencia al humilde asunto de siete puntos negros, que una privada afición ó loca manía hacia este ramo de las bellas artes nos induce á exagerar su importancia; pero si los que tal piensen se asomaran al palacio de la Exposición de Londres y vieran el extenso local que ocupan las numerosas colecciones que cada país ha exhibido de instrumentos músicos; si vieran la preferente atención que los gobiernos han dedicado al premio y estímulo de los constructores; si meditaran que el primer objeto expuesto y premiado en este gran certamen fué un libro de música en que se habian escrito composiciones para tocarlas en el momento de la apertura; si reflexionasen en que los reyes, los legisladores y los magnates son los que en todos los países promueven y se colocan á la cabeza de las sociedades orfeónicas; si palpasen por si mismos el gran interés que los pensadores modernos dedican á cuanto tiene relación con el arte, comprenderian dos cosas, una agradable para todos, otra triste para nosotros: primera, que la música es un gran agente moral que puede oponerse contra ciertos agentes perniciosos que acarrea el progreso material de las sociedades; segunda, que España no ha sacado en Londres mas que una mención honorífica por instrumentos de música, y esa sobre cuerdas de guitarra, es decir, sobre las tripas que la mano del Creador quiso poner en el vientre de ciertos animales de nuestro país.

Estamos pues muy al principio: veamos cómo se encuentran los que tocan el límite de la afición, para lo cual asistiremos á un concierto de 4.000 ejecutantes, que con motivo de la exposición se verifica en el palacio de Cristal.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Escasez de novedades en punto á modas. — Un pleito contra Cupido. — Los fracs, las levitas, los pantalones y los chalecos del próximo otoño. — Descripción del figurin de éste número, que representa trajes propios de la temporada.

La elegancia masculina anda de caza, y todas las novedades del mes se reducen á poca cosa. En vista de esta indigencia de novedades, séame permitido comenzar con la historia de un proceso que no dejará de hacer ruido; no hay para qué advertir que Cupido entra en la causa, hé aquí cómo:

M. L^o tiene dos hijas, y una de ellas se ha casado con el duque de C^o, nieto del mariscal M^o.

Hace algun tiempo un oficial de ordenanza del emperador pidió la mano de la segunda.

Este oficial pertenece á una buena familia, ocupa una alta posición, y quizá era protegido por la duquesa de C^o, hermana de la jóven.

M. L^o le acoge gustoso, pero desgraciadamente la niña no participa del mismo sentimiento.

No hay duda que hacia justicia á las brillantes cualidades del pretendiente presentado por su padre y su hermana, pero no le podia amar porque amaba á otro, M. de B^o, hijo de un ex-par de Francia, bien conocido por su intimidad con el rey Luis Felipe.

M. L^o insistió, y entonces la jóven se decidió á dar este paso. Tomó un carruaje y se fué á casa de su tío M. F^o, un recaudador general muy rico, y que tambien habia tenido estrechos lazos con la monarquía de julio.

— Tío, le dijo, quiero casarme con M. de B^o.

— Sobrina, te lo apruebo.

— Sí, pero mi padre no, pues pretende que me case con M^o.

— Cástate en hora buena. Es preciso obedecer á los padres.

— Está bien; adios, tío.

— ¿Te vuelves á tu casa?

— No, señor. Voy á casa de M. de B^o.

— Entonces prefiero que te quedes aquí.

— Es lo que yo venia á pedir.

Y desde entonces M. de F^o se convirtió en protector de los novios.

Pero hé aquí que al saberlo el padre indignado reclamó; nuestro hombre se mantuvo firme.

Entonces la emperatriz llamó á la jóven á Tullerías, la interrogó con interés y la aconsejó como podria aconsejarla una madre ó una hermana; pero ante todo, su deber era obedecer á su padre y casarse con M^o.

— Con M. de B^o no podriais venir á la corte, la dijo la emperatriz.

— Frecuentaré la sociedad de mi marido; además, me importa poco la gente, le amo.

— Le amo! Ni la emperatriz podia nada ante esta conclusion que no admite réplica.

Y así están las cosas.

La señorita L^o continúa habitando la casa de su tío. Está practicando diligencias para casarse, y estas son las que motivan el pleito.

M. Dufaure defenderá la causa del amor, y M. Hebert los derechos de la paternidad.

Cupido es capaz de ganar el pleito.

¿Qué tenemos en punto á modas?

Si se ha de dar crédito á los rumores que circulan, los vestidos



Gitanos acampados en los montes Carpacios.

de otoño y de principios de invierno se llevarán bastante largos.

En cuanto á forma y adornos, no hay nada resuelto todavía.

Entre los trajes de vestir se distinguen por ahora varios géneros muy diferentes, que son ó jaquetas sin costuras, ó levitas cruzadas, prenda que se desea poner en boga.

Los fracs de ceremonia llevan siempre los faldones en forma de cola de pescado, y muy largos y estrechos. Las mangas anchas como en los vestidos de fantasía. El cuello es muy estrecho y se pone bajo.

Las levitas con dos hileras de botones llevan un cuerpo de corte tan largo como el de los fracs, y los faldones sin tener mucho vuelo no deben tampoco ser aplastados.

Se trata de hacer levitas de uatina negra y de color, aunque sin salir de los matices oscuros, y estas levitas llevarán cuello de terciopelo. Nada mas sencillo, y sin embargo, hace mejor que el cuello de paño.

Se usan mas chalecos derechos que de chal, y todo hace suponer que así sucederá en el invierno. El último boton debe llegar junto al talle. Los bolsillos van bordados ó con vivo; esto depende del gusto del parroquiano.

Hé ahí todas mis noticias, que como al principio anuncié son bien escasas. No tengo yo la culpa, sino la moda que no produce nada.

Consultando el figurín de este número, se comienza á descubrir ya el gusto que reinará este invierno.

El primer personaje lleva una levita de paño bronceado con dos hileras de botones.

Esta levita tiene un largo ordinario y se abotona á voluntad. En cuanto á las mangas, no han variado desde la primavera, es decir, son anchas por arriba y van estrechándose hasta la muñeca.

El chaleco y el pantalon de la misma tela, gris acero, con manchas negras. Este chaleco carece de cuello y cierra alto con botones de metal: es la forma adoptada definitivamente.

El pantalon es bastante ancho, pero casi justo sobre el pié. El segundo personaje lleva un paletó, color bronceado, que forma casi el saco y embebido en medio de la espalda así como debajo de los brazos, en tanto que cae derecho por delante y se cierra por medio de una cartera interior con botones enteramente ocultos, cuando el vestido está abrochado.

Tiene un cuello pequeño y unas solapas mas pequeñas aun, que dejan ver una corbata azul de Francia prendida con un alfiler de oro.

El vestido de debajo es un frac ó una levita, con chaleco chiné negro y azul, ó chaleco todo negro.

El pantalon zebado, color de castaña, es muy ancho y cae derecho sobre el pié.

Guantes de color, boton de oro.

Sigue un mozalbete con un pequeño paletó gris que cierra derecho, y chaleco igual al pantalon, gris rayado de negro.

El chaleco es derecho y se lleva abotonado, y el pantalon muy ancho de piernas.

Corbata negra ó grosella.

El sombrero redondo de fieltro, es un sombrero de molinero. Guantes de color de paja y botitos de charol.

El último personaje lleva un paletó cruzado con dos hileras de botones.

Visto por detrás, el medio de la espalda queda completamente derecho sin costura. Pero este paletó va ligeramente cintrado bajo los brazos á fin de que estando abotonada la prenda parezca que cae derecha por todas partes.

Este género de paletós tiene dos objetos: se pone sobre un vestido mas ligero como sobretodo, y se lleva solo tambien.

El pantalon es de paño gris con anchos cuadros negros. Corbata negra y blanca y guantes gris perla, bordados de negro.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

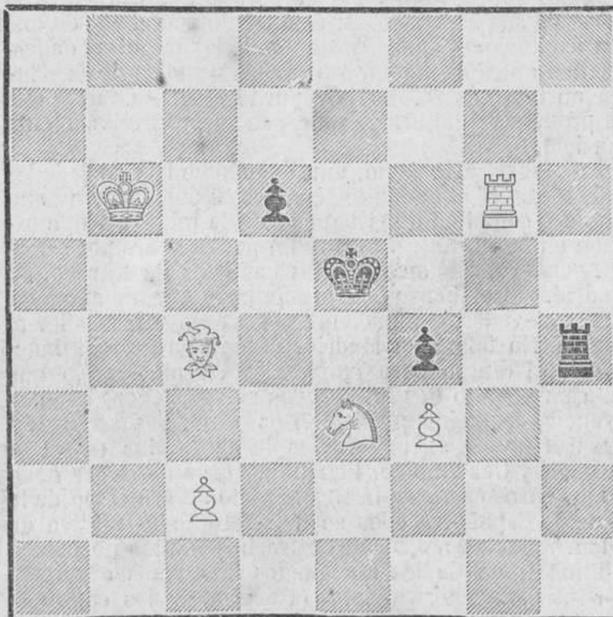
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 26.

El Rey enroca á la primera jugada.

PROBLEMA NUM. 27, POR H. BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Gitanos polacos de los Carpacios.

El papel que representan los eslavos en la historia de Europa hace interesante todo cuanto tienda á dar á conocer las numerosas ramificaciones de esa raza.

Publicamos aqui unos tipos de gitanos que habitan la parte mas alta de esa larga cordillera que separa la Polonia de la Hungria.

Los Carpacios, que no tienen menos de doscientas leguas de largo, ofrecen una serie de altas cumbres, algunas de ellas cubiertas de nieve durante todo el año. Estas montañas están habitadas en gran parte por poblaciones de origen eslavo. Una de las mas notables es la que lleva el nombre de Tatre. Actualmente los tates no tienen otra ocupacion que la de cuidar los ganados y cultivar la tierra; pero hubo un tiempo, no muy remoto, en que esos apacibles montañeses eran los mas terribles bandidos de los Carpacios.

La poblacion polaca de esas montañas no es muy numerosa, pero si posee una energia poco comun. Si se rompieran las hostilidades entre la Polonia y la Rusia, esa poblacion no vacilaria seguramente en tomar parte en ella, y en este caso su sumision no seria facil.

P. P.